

**HOMILÍAS
DE
DIFUNTOS.**

Centre de Pastoral Litúrgica. Barcelona

A:- Funerales de adultos

1 - TEXTOS: Mateo 5,1-12a

Homilía para creyentes no practicantes, pero que han dado una lección de atención y servicio al abuelo que moría.

La vida humana muchas veces parece que está llena de contradicciones. De hechos absurdos. La misma muerte es uno de ellos. El hombre difícilmente la puede parar. Y las respuesta que damos al sentido de nuestra vida por medio de la fe también parecen absurdas e irreales.

Recuerdo, por ejemplo, a san Francisco de Asís que, haciendo un hermoso canto a Dios creador, dice: "Te alabamos, Señor, por nuestra hermana la Muerte, compañera de viaje de todo viviente". ¿Se puede alabar a Dios por la muerte? Es como el evangelio que hemos leído: Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados... Pero esto es el mundo al revés, porque los hombres creernos que la felicidad "no es el dinero, pero ayuda mucho", y que es feliz el que no tiene ninguna preocupación. ¿Qué pasa aquí con este mensaje de Jesús que dice que la felicidad es el mundo al revés?

Con mis pobres palabras, ante la muerte de este familiar o amigo vuestro, os quisiera ayudar a creer que, a pesar de lo absurdo de la muerte, es en ella donde el hombre empieza a hacer camino hacia la felicidad de las bienaventuranzas.

Por eso, os quisiera decir:

A PESAR DE LA MUERTE, CANTEMOS A LA VIDA.

Sí, cantemos a la vida, porque hay motivos para hacerlo. Ante la enfermedad de N. agravada estos últimos tiempos, vosotros, sus familiares, habéis cantado a la vida: **le habéis dado vuestro tiempo y vuestra dedicación**, habéis estado a su lado. Cuando la llama parecía apagarse, estabais a su lado en guardia permanente.

Y es que a nadie nos gusta tener a nuestros familiares enfermos, pero a la larga, y creo que así lo podéis decir vosotros, es para nosotros una experiencia importante, y una experiencia que nos hace ser pobres. Nos hace dar todo lo que tenemos. Nos hace palpar qué quiere decir ser persona. Nos hace ver que el hombre no será nunca dueño de la vida. Porque la **vida es de Dios y estamos en sus manos. Esto cuesta aceptarlo. Pero es la clave del secreto.** Es entonces cuando se entiende que se diga: "Te alabamos, Señor, por nuestra hermana la Muerte", o bien: "Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que sufren".

Vosotros lo podéis decir, hoy que despedí s a N., porque su enfermedad, para vosotros, ha sido un canto a la vida. Le habéis dado todo lo que teníais en vuestras manos, y seguramente os habéis extrañado vosotros mismos que pudieseis resistir tanto. Pero Dios también da fuerzas en este momento. Yo no creo en un Dios mágico, que cura a nuestros enfermos apenas se lo pedimos. Pero sí creo en Jesucristo, que nos predica a **un Dios que no ha pasado de largo ante el dolor humano**, sino que se acerca a él. Y se acerca tanto, con su Hijo Jesucristo, que él también ha muerto de una manera injusta.

Es por esta razón por lo que la muerte ya no es absurda para el creyente.

Y por lo que ahora, en estos momentos, cantamos a la vida. Gracias, Señor, por todos los beneficios que has dado en esta vida a nuestro hermano.

Querría acabar también con un

CANTO A LA ESPERANZA.

Dios se sirve del hombre para realizar su tarea en el mundo. Nosotros no somos más que instrumentos en sus manos. Dios se ha servido de N. para realizar en este mundo su amor, y merece la pena recordarlo, continuarlo. **Esta es la esperanza. Nada muere, siempre queda lo que nos marca a cada uno de nosotros.**

La vida es como una carrera de relevos: nos vamos pasando el testigo del amor de Dios. Nuestro hermano ha dejado una chispa de ese amor. Recojámosla y llevárnosla con nosotros, hasta aquel día -así lo creemos- en que en el mundo feliz de las bienaventuranzas nos volveremos a encontrar y compartiremos la felicidad sin fin.

F. PAUSAS

2.- TEXTOS Filipenses 3,20-21 ; Mateo 5,1-12ª.

Enfermedad larga y familia creyente

(El dolor de la muerte)

Nos reunimos hoy para rezar por nuestro hermano N. que nos ha dejado y para pedirle a Dios que lo haya acogido en su Reino. Realmente la muerte de una persona querida siempre nos llena de tristeza y de añoranza, nos desgarran por dentro, y es normal que así sea porque siempre nos deja un vacío que nada ni nadie puede rellenar. Sabemos que el mismo Jesús lo vivió en la muerte de un amigo suyo, Lázaro, sabemos que Él lloró esta muerte... Por tanto, él comprende y se hace solidario de vuestro dolor. Pero a los cristianos, aunque sintamos muy profundamente este dolor, siempre tenemos la firme certeza que no todo acaba con la muerte, y esto nos mantiene la esperanza.

(Lo que es importante)

En la primera lectura hemos escuchado como san Pablo nos decía que "nosotros somos ciudadanos del cielo" y que de allí aguardamos al Salvador Jesucristo. Y es que realmente creemos que la Vida puede más que la muerte, y que ni cuando nos llega la muerte, Dios no nos abandona, sino todo lo contrario, Dios nos lleva entonces a la Nueva Vida, una Vida realmente plena.

Pero también nos ha dicho san Pablo que el Señor "transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso". Es un texto que nos puede sorprender, y puede ayudarnos a volvernos a centrar. Vivimos en un mundo donde la cultura dominante nos impulsa a valorar tanto el cuerpo que parece que éste sea lo más importante de la persona. Esto se ha exagerado de tal manera que podría parecer que es más importante la imagen que ofreces que lo que realmente eres. Diciendo esto, san Pablo nos ayuda a relativizar lo que no es importante, por eso habla de nuestro pobre cuerpo. Y qué mejor que aplicar esta

afirmación de "pobre cuerpo" al cuerpo de N. en los últimos meses? Y es que, desengañémonos, el cuerpo no lo es todo, ni tampoco es lo más importante de la persona. Lo importante es todo lo que él haya amado, la manera como haya vivido.

(Vivir el estilo de Jesús)

En esta misma línea hemos escuchado el texto de las Bienaventuranzas. ¿Qué es lo que realmente cuenta de la persona? ¿Qué podemos recordar de nuestro hermano N.? Recordaremos el ejemplo que nos haya podido dar, lo que haya amado, perdonado, el que se haya entregado a los demás. Lo que vale es si uno ha sido limpio de corazón, sincero y diáfano en la relación con los demás. Por eso Jesús les llama "dichosos". También dice que será dichoso quien ha sabido compadecerse de los demás -pero compadecer en el buen sentido de la palabra: quien ha sufrido con los demás, quien ha reído con los que reían, quien ha llorado con los que lloraban, quien ha estado al lado de; que sufría... También dice que será dichoso quien es pacífico, quien lleva la paz donde hay discordia, quien en vez de echar más leña al fuego aporta paz, capacidad de perdón, de serenidad. Quien es humilde, pobre en el espíritu... y así podríamos continuar con el resto de bienaventuranzas ...

Que el Señor nos ayude a valorar a nuestro hermano difunto y que lo que de él hayamos podido aprender nos estimule a seguir más fielmente a Jesús.

Pidamos al Señor que os dé su consuelo, su fuerza, y pidámosle que perdone los pecados que N. pudiera haber cometido. Por último le pedimos que lo tenga en su gloria, en el cielo, donde esperamos reencontrarnos un día en la gran fiesta del Amor, viviendo ya la Vida plena, sin dolor, ni tristeza, ni muerte. Que Él nos ayude.

J. L. AGUILAR

3.- TEXTOS:- 1 Corintios 15,1-11 ; Mateo 11,25-30.

Homilía en las exequias de una persona anciana creyente y practicante. Con Eucaristía.

Nos hemos reunido para celebrar nuestra fe en el amor de Dios manifestado al mundo por medio de Jesucristo, en la fuerza del Espíritu, y para acompañar con la oración el tránsito de nuestro amigo N.

(Las reacciones naturales ante la muerte)

Aunque esta muerte sea la culminación de una larga vida y N. haya podido conocer a los hijos de sus hijos, a nosotros se nos plantean una serie de interrogantes sobre el sentido de la vida, sobre el sentido del dolor (¡tanto N. como nosotros hemos afrontado ya y tendremos que afrontar más dificultades en este mundo!), y sobre el sentido de; amor (en este momento de su muerte nos preguntamos: ¿qué queda de todo lo que N. amó a lo largo de su vida?).

Las reacciones naturales ante estas preguntas fundamentales de la vida son: el escepticismo, la perplejidad, o el reconocimiento de la pobreza humana.

* El escepticismo es la reacción de aquellos que sólo ven a través de los ojos físicos, se quedan en la constatación de la derrota del cuerpo humano y piensan que más allá de la muerte nos espera "tierra por encima y tierra por debajo".

* La perplejidad es la reacción de los que se sublevaron contra la percepción racional de la vida humana como una experiencia apasionante pero inútil, y que no saben o bien no pueden dar un paso más allá.

* La constatación de la pobreza es el descubrimiento y la aceptación de la grandeza y de los límites de la existencia humana, pero que, al mismo tiempo, ponemos la mano como un pobre que pide la

ayuda de quien nos puede socorrer, comprender; nos puede sacar de la oscuridad y nos puede dar el sentido de lo que ocurre.

Las lecturas de la Palabra de Dios son para todos nosotros una interpelación profunda y una ayuda iluminadora. A las miradas escépticas y perplejas les da elementos nuevos para poder contrastar la mirada física y racional con otras miradas intuitivas que van más allá. A los que estamos convencidos de la grandeza y de la pobreza humanas nos predisponen a recibir como un don la proclamación y el anuncio gozoso de la resurrección.

(A la luz de la resurrección de Cristo)

El texto de la primera carta a los Corintios nos anuncia la narración de la resurrección de Cristo, como promesa de nuestra resurrección. Se trata de una noticia que ilumina con realismo la oscuridad de la muerte. En efecto, a la luz del texto vemos que Jesucristo no ha venido a eliminar el dolor. Tampoco ha venido a explicarlo. Jesucristo ha venido a llenarlo con su presencia.

A la luz de la resurrección de Cristo tanto el escepticismo como la perplejidad quedan desafiados por la luz y el amor. A la luz de la resurrección de Cristo, nuestra pobreza halla una respuesta de ternura y de amor. A la luz de la resurrección de Cristo, en medio del dolor, se nos ofrece una propuesta de renovación existencial. A la luz de la resurrección de Cristo sabemos que el amor es más fuerte que la muerte. 'De esta manera la encarnación de Cristo nos ayuda a descubrir que nuestros cuerpos envejecen, pero que la vida no tiene edad.

*La muerte de Cristo nos ayuda también a descubrir que el amor no se entierra y que el dolor de la vida es una dificultad que puede convertirse en una gran oportunidad y una escuela para crecer hacia la madurez del amor.

La resurrección de Cristo nos capacita para vivir de una manera nueva, ya que también nuestro amor es más fuerte que la muerte.

La vida humana tiene sentido. Cristo se ha hecho como nosotros, ha muerto y ha resucitado, a fin de que nosotros por medio de él y con la fuerza de su Espíritu podamos caminar hacia Dios que es amor. Este es el sentido de la vida.

Lo cual es una realidad para todas las mujeres y los hombres de la tierra que buscamos y amamos como podemos y como sabemos. No obstante hemos de ir más allá de la mirada exclusivamente física, de la razón y de las emociones, para abrirnos a la mirada intuitiva del niño que todos llevamos dentro, como un don muy apreciado desde la creación de Dios.

(Una nueva vida de paz y de amor)

El evangelio nos ha recordado que todos somos capaces de despertar a ese niño interior y de dejarle para que, ahora y aquí, mirando hacia adentro, nos permita iniciar de nuevo la aventura de la vida, el coraje de creer, la experiencia paciente de esperar y la opción gozosa de amar.

Por eso celebramos la muerte de N. con amor y con paz. Su cuerpo ha ido envejeciendo hasta apagarse, su vida intelectual ha ido tomando conciencia en la medida de lo posible. Mientras su cuerpo se apagaba y la inteligencia llegaba a su cima, sólo el amor es más fuerte que la muerte. En definitiva estamos, pues, celebrando esa victoria de la fe y de la vida sobre la muerte.

Él ya goza de la libertad, del gozo, de la paz y del amor, como don de Dios. Este es el verdadero significado de la resurrección, ya que ésta es una nueva creación, obra de la ternura de Dios, que nosotros recibimos como gracia y, por tanto, por la fe.

Es entonces cuando podemos ir entendiendo que "su yugo es llevadero y su carga ligera", como se nos ha dicho en el evangelio.

- Merece la pena vivir con el realismo trascendente.
 - Merece la pena contemplar el misterio profundo de la vida humana.
 - Merece la pena ayudarnos los unos a los otros a seguir este camino comunitariamente.
- * Merece la pena creer, esperar y amar.

(La Eucaristía: la vida tiene sentido)

Cuando dentro de unos minutos consagremos el pan y el vino, haciendo el memoria; de la última cena de Cristo, de su muerte y resurrección, proclamaremos que así como el pan y el vino ya no serán materia sino la presencia real de Jesucristo, Dios y hombre, un día Dios estará todo en todos.

A pesar de que la vida es muy compleja, la fe nos permite intuir una vez más que merece la pena. Y así, casi sin darnos cuenta, en esta celebración eucarística habremos proclamado que la vida tiene sentido no sólo para N. en su muerte, sino también para todos los hombres y mujeres de la tierra en nuestras tareas de cada día que continuaremos haciendo.

Esta oferta es un regalo gratuito de Dios dirigido a todos, sin distinción alguna. La aceptación de este regalo es la respuesta que cada uno, desde su propia libertad, tiene que dar. ¡Que el Espíritu de Jesús resucitado nos ayude a acertar en la respuesta!

R. PRAT

4. - TEXTOS:- Apocalipsis 21,1-7 ; Mateo 11, 25-28.

Homilía genérica

("Venid a mí, y yo os aliviaré")

"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré". Son palabras que Jesús nos dirige hoy a través del evangelio que acabamos de escuchar. Y lo hace precisamente en un momento en que estamos apenados y desconsolados por la muerte de N.

La pérdida de un ser querido nos muestra el peso y la dureza de la condición humana abocada por cualquier motivo a la muerte. Pero entonces cabe preguntarse: ¿qué sentido tiene el esfuerzo, la vida y el amor si ineludiblemente todo desemboca en la muerte?

(Sencillos ante Dios)

Dios ha querido revelarnos por medio de Jesús el sentido profundo de la vida. Dios nos enseña la luz que ilumina este panorama oscurecido por la muerte de N. que nos ha sumido en el abatimiento. Dios nos da a conocer una verdad que permanece oculta para los sabios y entendidos y que sólo comprende la gente sencilla y de fe.

Los que sólo confían en la experiencia de su sabiduría o de su ciencia no podrán entender nunca la revelación del Reino que Dios nos ha transmitido a través de Jesucristo. En cambio, la gente sencilla, los pequeños, los humildes, es decir, los que viven las bienaventuranzas, podrán captar el sentido profundo de la vida y la muerte. Y lo podrán hacer porque no tienen ningún muro, léase sabiduría, que impida la revelación de Dios,

(Entender que él nos ama)

Sólo por el hecho de ponernos confiadamente en manos de Dios que es Creador de; Universo y el Padre que nos ha dado la vida no lograremos descifrar los secretos de Dios que sobrepasan nuestro conocimiento. Sin embargo, entenderemos de verdad que él nos ama, que piensa y se interesa por nosotros. Y la prueba más grande y evidente de su amor es que nos ha entregado a su Hijo Jesucristo. Jesús por su muerte y resurrección ha hecho posible que la muerte ya no sea el final de; hombre, sino un lugar de paso que conduce a la vida nueva y definitiva de Dios.

(Oremos con confianza)

Por tanto, hoy, dirigimos nuestra oración a Dios pidiéndole que conceda esta vida nueva y definitiva a N. que ya se encuentra en el paso de la muerte. Y depositamos nuestra esperanza en Jesús porque él conoce de verdad al Padre y, aunque nos cueste comprenderlo, éste es el mejor camino que podía ofrecernos para llegar a Dios.

Oremos con confianza, haciendo unos momentos de silencio.

J. GRANÉ

5.- TEXTOS: Mateo 25,1-13

Homilía para público cristiano popular en la muerte de una persona querida. La muerte, la "hora de la verdad".

(La hora de la verdad)

Aunque tengamos muy sabido que la muerte tiene que llegar también a la gente que conocemos y amamos, y aunque incluso la enfermedad nos lo anuncie, hoy nos encontramos aquí tristes y sorprendidos.

Tristes porque conocíamos, apreciábamos y amábamos a este hermano nuestro que se ha ido, y sorprendidos porque, por más que lo sepamos, siempre nos parece que no puede ser, que no es posible que llegue un momento en que la vida de este mundo termine.

Pero ésta es la realidad, ésta es la condición humana: llega un día en que la vida de este mundo termina, y los hombres nos hallamos ante la hora de la verdad, el momento definitivo de la existencia. Y hoy estamos aquí para decir adiós a este hermano nuestro que llegó a este momento definitivo, a esta hora de la verdad.

Él no se encuentra ya entre nosotros, él está ahora ante Dios esperando que la bondad infinita del Padre le abra las puertas de la vida eterna, de la esperanza eterna, del gozo eterno.

Él se ha presentado ante Dios, ante el Padre, llevando en sus manos, como las doncellas del evangelio, la lámpara encendida de su buena voluntad, la lámpara encendida de; bien que se haya esforzado en realizar en este mundo. Y nuestra confianza, la confianza de los cristianos, es ésta: que Dios va a tomar esta luz, esta pequeña llama, y la va a convertir en la luz eterna del gozo, de la vida, de la paz.

Por eso nos encontramos aquí. Para decirnos mutuamente que creemos en la bondad infinita de Dios, y para orar todos juntos por este hermano nuestro, para que verdaderamente Dios lo acoja para siempre en su Reino.

(A nosotros nos llegará también la hora de la verdad)

Pero al mismo tiempo, el hecho de encontrarnos diciendo adiós y orando por este hermano nuestra que murió, es también una llamada, una invitación para la vida de cada uno de nosotros. Es una llamada que nos recuerda que también a nosotros nos llegará un día esta hora de la verdad. No sabemos cuando será, no podemos imaginarlo. Pero sabemos que llegará un momento en que nuestra vida de aquí habrá terminado, y entonces deberemos tener las lámparas encendidas, como aquellas doncellas que esperaban la llegada de; esposo.

¡Y cómo valdrá la pena que entonces, cuando lleguemos a ese momento, nuestra vida pueda aparecer como una claridad fuerte, viva, intensa! ¡Cómo valdrá la pena que en esta hora de la verdad podamos constatar que sí, que hemos vivido la vida profundamente, entregadamente, valiosamente!

¡Y qué tristeza, qué lástima, si tuviéramos que constatar que nos hemos pasado la vida simplemente a base de ir tirando, sin tomarnos en serio nada que valiera la pena, sin haber contribuido a la felicidad de los demás, sin haber procurado amar de veras!

Entonces llegaríamos a este momento definitivo con una lámpara apagándose, que apenas serviría **de** nada. Habríamos perdido la vida muy lamentablemente. Y ante nuestro Padre del cielo, y ante los demás, y ante nosotros mismos, deberíamos reconocer que habíamos

defraudado las esperanzas que Dios había puesto en nosotros, y que los demás habían puesto en nosotros.

(Sintámonos llamados a confiar, a orar, a caminar hacia adelante)

Por tanto, sintámonos hoy llamados, ante todo, a confiar. A contar en el amor del Padre que nos quiere a cada uno de nosotros, y que de modo especial quiere a este hermano nuestro que ahora vamos a enterrar. Él le dio la fe, él lo acompañó en el camino de este mundo, él quiere recibirle para siempre en el gozo de su Reino.

Sintámonos llamados, también, a orar. A manifestar ante Dios nuestro deseo y nuestra esperanza de que este hermano nuestro, liberado de toda culpa, pueda entrar en la luz gozosa de Dios, en la casa del Padre.

Y sintámonos llamados finalmente, todos nosotros, a trabajar para que nuestra vida sea realmente luminosa, llena de la luz del amor, de la apertura, de la atención a los demás, porque solamente así habrá merecido la pena -ante Dios, ante los demás hombres, ante nosotros mismos- haber vivido.

J. LLIGADAS

6.- TEXTOS: Mateo 25,31-40 (no es el texto íntegro del ritual: 6 sólo hasta "conmigo lo hicisteis")

Homilía sencilla y breve.- Dios acoge, como hecho así mismo, todo el amor y la bondad que un hombre haya puesto en el mundo, por poco que sea, y convierte ese amor en vida para siempre.

Hoy nos reúne aquí la tristeza de despedir a alguien a quien conocíamos y queríamos. No quisiéramos tener que separarnos de él, y el adiós que le hemos de decir nos es doloroso.

Pero dejadme decir hoy, también, que esta tristeza no se queda sólo en eso, en tristeza. Hemos venido aquí, a la Iglesia, a orar y a comunicarnos con Dios en esta despedida. Y lo hemos hecho porque creemos que entre nosotros, hoy, hay una esperanza que queremos creer y que nos anima y consuela. Una esperanza que es lo que Jesús nos ha dicho en el evangelio que acabamos de escuchar.

Una esperanza que nos hace creer por encima de todo en la fuerza del amor. Una esperanza que nos hace creer que todo aquello que es amor, bondad y servicio, por pequeño que sea, no se pierde, no se puede perder porque Dios no quiere que se pierda. Porque Dios lo llena de su vida, y de su mismo amor, y lo hace vivir para siempre.

Jesús nos ha dicho que todo hombre que, de una forma u otra, sabiéndolo o no, ha procurado poner un poco de amor en el mundo, ha querido amar, ha puesto bondad y servicio a su alrededor, vivirá por siempre con él. Que todo lo que este hombre ha hecho, Jesús se lo toma como hecho a él mismo y lo llena de su vida.

Por eso hoy, hermanos, tenemos esperanza. Porque sabemos que todo el bien que hizo este hermano nuestro que ahora enterramos, toda

atención que tuvo hacia los demás, por pequeña que fuera, Dios lo convierte en vida por siempre. Porque Dios ama a los hombres. Porque Dios no quiere que nadie se pierda.

Con esperanza, pues, oremos ahora. Oremos para que Dios llene verdaderamente de vida a este hijo suyo que acaba de morir. Oremos también para que olvide y perdone todo lo que de mal, de infidelidad, de falta de amor pudo cometer. Y que a nosotros nos dé fuerza y Espíritu Santo para vivir cada día tal como él quiere.

J. LLIGADAS

7.- TEXTOS: Apocalipsis 21, 1-7. Mateo 25, 31-46.

Homilía genérica

Queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido para recordar y para rezar por nuestro hermano N. La muerte de personas que hemos conocido y hemos querido siempre nos produce tristeza, porque comporta una separación.

La Iglesia comparte este dolor y estos sentimientos. Pero, también la Iglesia ante la muerte tiene una actitud de una profunda esperanza. Está convencida por la Palabra de Dios que la muerte no es un final, no es un ir a la nada, sino que es un paso a una vida para siempre.

(El designio de Dios es la salva

La voluntad de Dios es salvar a todos los hombres, llevarlos hacia una plenitud de vida y de salvación. Por eso el Hijo de Dios se ha hecho hombre en la persona de Jesús de Nazaret. Y Jesús ha pasado por el mundo haciendo el bien, dando vida. Incluso, dio su propia vida, muriendo en la cruz para salvarnos a todos. Él dijo: "He venido al mundo para dar vida en abundancia", " he venido a salvar, no a condenar ". Dios, pues, sólo tiene un designio, una voluntad: la de salvar.

Acabamos de escuchar aquella palabra reconfortante de Dios: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo".

Sin embargo, puede parecer que Dios tenga un segundo designio: el de la condena: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles". Realmente, esta condena es una posibilidad porque somos personas libres y, por tanto, nos podemos

negar a amar, nos podemos negar a la vida, pero Dios sólo quiere salvar, sólo quiere que vivamos, que seamos felices, en plenitud.

Hemos visto en el libro del Apocalipsis que esta vida en el más allá de la muerte, la describe como "un mundo nuevo", un mundo totalmente diferente del mundo actual. "Vi un cielo nuevo y una tierra nueva". En esta nueva situación "no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado". Por tanto, el Apocalipsis nos habla de un mundo -feliz, de aquella nueva situación de la humanidad que todos deseamos y hemos soñado. Así pues, aquellos deseos más profundos que existen en el corazón del hombre se realizarán. Éste es el designio de Dios. Y esto es lo que deseamos y pedimos hoy para nuestro hermano N.

(El criterio: el amor)

El evangelio nos ha dicho quiénes son los que entrarán en este Reino de vida: Los que hayan amado, los que hayan hecho el bien: "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". "Porque cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Por tanto, hermanos, el juicio de Dios será sólo sobre el amor a los demás. "Seremos examinados sobre el amor", escribió san Juan de la Cruz. El amor que es servicio y entrega a los demás es lo único que permanece, que no se pierde, que traspasa el umbral de la muerte. Incluso la experiencia de cada día nos lo confirma. Porque qué nos queda de las personas que recordamos, con las que hemos vivido alguna vez, estrechamente unidas en la vida y que ya han muerto, o bien están lejos de nosotros ... Nos queda el amor que hemos recibido de ellas, el bien que nos han hecho. "El amor no pasará nunca", dijo san Pablo.

(Pidamos por nuestro hermano)

Ahora nos uniremos en la oración por nuestro hermano N. Pediremos a Dios, que como dice el salmo es bueno y compasivo, infinito en su bondad y su misericordia, que tenga misericordia y perdón por nuestro hermano; él fue humano y limitado, como todos nosotros. Él, pues, necesita también del perdón y de la misericordia de Dios.

Pero sobre todo pidamos que todo lo bueno que ha hecho en su vida, lo tenga en cuenta el Señor. Porque cada acto de amor, de ayuda, de solidaridad hacia los hermanos, los hombres, especialmente los más pequeños y necesitados, es como si hubiésemos ido sembrando en la vida. Y todo lo bueno que hemos sembrado fructifica después de la muerte en una vida para siempre.

J. BRUSTENGA

8. - TEXTOS: 1 Juan 3,1-2; Marcos 15,33-39;16,1-6

Homilía genérica

(El dolor de la muerte)

Nos reunimos hoy aquí para despedir a nuestro hermano N., para rezar por él y para pedirle a Dios que lo acoja en su Reino.

La muerte siempre nos sorprende, nos cuestiona, nos hace daño, y más aún si se trata de la muerte de alguien que queremos. La muerte siempre nos llena de dolor. Es algo desde luego muy humano, y estos mismos sentimientos los vivió el mismo Jesús. Recordemos como se emocionó y lloró por la muerte de su amigo Lázaro. Jesús es de carne y hueso y vive situaciones semejantes a las nuestras, nos comprende, y se quiere hacer presente en este momento para acompañarnos, para apoyarnos, se quiere solidarizar con vosotros.

Con todo, a pesar de que es normal y muy humano este dolor por la muerte de un ser querido, los cristianos tenemos también siempre el consuelo que nos da la fe, porque creemos que la vida puede más que la muerte y que con la muerte no se acaba todo, sino que comienza una nueva vida.

(Dios nos ama)

En la primera lectura hemos escuchado: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!". No sabemos demasiadas cosas de Dios, pero de lo que sí estamos seguros es de que Dios es amor, que nos ama como un padre y una madre, y más aún. En la Biblia vemos cómo nos dice que "si alguna vez te olvidan tu padre o tu madre, yo, el Señor, nunca te dejaré". El Señor no nos abandona nunca -ni cuando morimos-. Los cristianos creemos que entonces nos da la Vida Plena, la Vida de verdad, una vida sin sufrimientos, ni dolor, sin enfermedades, ni vejez... solo alegría y paz.

Y además nos dice "ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos". Confiamos y esperamos que nuestro hermano N. ya lo vea, que ya viva esta plenitud de vida en el cielo.

(Jesús solidario en la muerte, Jesús vencedor de la muerte)

En la lectura de evangelio hemos leído el relato de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Pensar que Jesús ha vivido, sufrido, ha muerto y resucitado, aunque no nos libra del dolor, sí que nos deja la puerta abierta a la esperanza, ya que nos hace sentir la solidaridad de Dios con nosotros.

Jesús que pasó por la muerte nos acompaña en este momento, nos comprende. ¿Quién es más solidario sino quien ha pasado por lo mismo que uno está pasando? ¿Quién puede entender mejor al que sufre que el que ha sufrido?

Pero también sabemos que después de morir resucitó y sabemos que esta resurrección no era un don sólo para Él sino que si Él resucitó también nosotros resucitaremos con Él. Ésta es nuestra esperanza y nuestra fe. Por eso estamos aquí, por eso pedimos por N., para que también él resucite y se encuentre con Jesús, para que así como Jesús venció la muerte también nuestro hermano lo haga, Que el Señor lo tenga en su gloria y que nos dé a nosotros su consuelo. Pidamos que como Jesús, también él viva ya ahora la Vida Nueva que no tiene fin.

Nosotros oramos por N., confiamos que Dios lo tenga en el cielo. Y pidámosle también a nuestro hermano que, si como creemos que está más cerca del Padre, rece también por nosotros, los que todavía permanecemos aquí hasta el día en que nos volveremos a ver en la vida eterna de Dios. Que esta esperanza nos ayude a seguir adelante con confianza.

J.L. AGUILAR

9.- TEXTOS: Filipenses 3,20-21; Salmo 22; Lucas 7,11-17

Homilía sencilla: Jesús se compadece de nuestro dolor.

(La vida es un camino)

Acabarnos de leer en el Evangelio cómo "Jesús iba camino de Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío" . Y en su camino, aquella comitiva de Vida, se encuentra con otra procesión, ésta de muerte, formada por "una madre viuda, que llevaba a su hijo único a enterrar, acompañada de un gentío considerable". ¡Qué contraste! Se entrecruzan la Vida y la muerte. En el mismo camino.

El poeta José María de Segarra dejó escrito, en su 'Poema de Navidad', este bello pensamiento: "Un camino: qué palabra tan fácil de pronunciar, qué experiencia tan difícil de seguir. Y así es. Nuestra vida es un camino: más o menos largo, más o menos empinado... En él hay momentos de sol y de sombra, de reposo y de cansancio, de pasar por verdes praderas y por cañadas oscuras, de bullicio y de soledad...

(Aquí se procura concretar según cada caso: vida más o menos larga; etapas más importantes; quiénes la han acompañado; penas y enfermedades vividas a lo largo del camino; cómo se ha alcanzado la línea de meta ...)

Todo camino lleva a algún sitio. Tiene su final. Conduce a una meta.

(Jesús se compadece)

A Jesús le dio lástima ver aquella comitiva en duelo. Se le conmovieron las entrañas al contemplar el dolor de aquella madre viuda que llevaba a enterrar a su hijo único, a su único apoyo.

El milagro de Jesús no sólo fue un gesto indicativo de su poder como Señor de la Vida y vencedor de la muerte, sino también expresión de su misericordia para con todos los desdichados. Con esta compasión humanísima Jesús nos enseña que Dios es humano, que se compadece de nosotros y que no le gusta la muerte. Por eso el Evangelio no esconde que Jesús llorara la muerte de su amigo Lázaro, ni que se conturbara al ver que se aproximaba su propia muerte.

(La Vida vence a la muerte)

Jesús consoló primero a la mujer: "No llores", y actuó después en consecuencia dándole motivo para dejar de llorar: "Muchacho, levántate".

Si aquel joven resucitó para volver a morir al cabo de unos años, nuestro hermano N. está llamado a la resurrección para no volver a morir nunca más. Ha sido llamado a disfrutar la vida eterna que Jesucristo, Señor de la Vida y vencedor de la muerte, quiere compartir con todos los que se esfuerzan en seguir su camino.

Si a nuestro hermano N. y a sus familiares no les falta nuestra compañía y consuelo -pues hemos venido aquí con los mismos sentimientos que movían al gentío que acompañaba a la madre viuda y a su hijo difunto-, que tampoco les falte nuestra oración y nuestro anhelo de felicidad, pues también -por el hecho de ser cristianos-, formamos parte de la otra comitiva, aquella que seguía a Jesús viendo en Él "el camino, la verdad y la vida".

MARQUES

10.- TEXTOS: Juan 3,1-2-, Lucas 12,35-40

Homilía para público cristiano popular.

Cuando nos enfrentamos a la muerte, cuando nos toca de cerca en la persona de un familiar o amigo, muchas veces parece que nos hallamos ante una puerta cerrada, que nos encontramos con un muro que no podemos traspasar. Y ello hace que nos preguntemos qué sentido tiene la vida, para qué estamos en este mundo.

(Llamados a la plenitud de la vida)

Pero las lecturas que hemos proclamado en esta celebración iban en una dirección completamente opuesta. No hablaban de falta de sentido en la vida, de callejón sin salida, sino de esperanza y de visión de futuro. Dios nos llama hijos suyos y en realidad lo somos, nos lo decía san Juan, y como tales estamos llamados a crecer continuamente, estamos llamados a ser semejantes a él, a Dios.

El día de nuestro bautismo nacimos como hijos de Dios, y en nuestra existencia debemos ir aprendiendo a reconocer en Dios al Padre que nos ama, el Padre que quiere nuestro bien, el Padre que quiere darnos la vida para siempre y toda suerte de bienes, el Padre que abre nuestra existencia hacia un futuro de vida en plenitud. Esta fue la misión principal de nuestro hermano que nos dejó y ésta debe ser también nuestra misión a lo largo de nuestra vida: crecer continuamente como hijos de Dios hasta el momento en que él nos llame a verlo tal cual es.

Esto, en nuestra vida diaria, significa que no podemos dormirnos jamás pensando que lo tenemos todo hecho, ni debemos creer que no podemos ya avanzar en nuestra madurez humana y cristiana. Nuestro

hermano ha llegado ya ante Dios. Todos nosotros caminamos hacia él, y lo hacemos teniendo en cuenta la palabra de Jesús: conocemos la hora de la salida, pero el momento de la llegada nos resulta totalmente desconocido, nada sabemos de él. El momento de presentarnos ante el Padre puede llegarnos después de una larga y fecunda vida o puede venirnos también de improviso, como el ladrón que se nos mete en casa sin llamar a la puerta y cuando menos lo esperaríamos.

(Caminamos con esperanza)

Estas palabras de Jesús no son para meternos miedo. Al contrario, quieren movernos a vivir más intensamente nuestra vida presente, la vida de cada día. Recordémoslo de nuevo: somos ya hijos de Dios. Por tanto, vivamos plenamente nuestra vida presente, siguiendo el estilo de Jesús, el primero de los hijos de Dios y nuestro hermano. Hagamos de nuestra vida un servicio a los demás, sepamos llevar paz, gozo, comprensión a nuestras relaciones humanas, sepamos estar atentos a las necesidades de nuestros hermanos y a todo lo que la palabra de Dios pide de nosotros: ésta debe ser nuestra actitud vigilante, en esto debe consistir nuestra espera del Señor.

¿Cómo podríamos sentarnos a la mesa con el Padre, si en esta vida no hemos cultivado la amistad y la relación personal con Él? ¿Cómo podría Él servirnos personalmente a la mesa, si antes nosotros no hemos querido servirle en cada uno de los hermanos? ¿Cómo íbamos a pedirle que compartiera su felicidad con nosotros, si ahora no nos esforzamos por compartir las penas y las alegrías con todos los hombres?

(El don de Dios supera nuestras aspiraciones)

El amor que Dios nos tiene supera con creces todos nuestros cálculos. ¿Cómo iban a pensar los criados que esperaban de noche a su Señor que los haría sentar a la mesa y los serviría! Tampoco nosotros

podemos imaginar cuál va a ser nuestra condición cuando seamos hijos de Dios en plenitud. Ni cuál es la condición de nuestro hermano, después de que el Padre lo ha llamado a contemplarle cara a cara.

Pero en esta celebración sí queremos orar para que el Padre le conceda todo su amor, le reconozca totalmente como hijo; para que, libre de cualquier mancha de egoísmo o de pecado que siempre existen en la vida de los hombres, pueda contemplar a Dios tal cual es sin ningún temor.

Y, al mismo tiempo que esta celebración es una plegaria por nuestro hermano N., que pasó ya por esta etapa de la vida, debe significar también para nosotros un deseo de crecer continuamente como hijos de Dios, un hacernos conscientes de que estamos llamados a vivir con el Padre y de que esto no se improvisa en un momento, sino que debemos comenzar a vivirlo ahora en nuestras relaciones de cada día, en la vida familiar, en el trabajo, en toda ocasión.

J. ROCA

11. - TEXTOS: Lucas 23, 33.39-4

Homilía genérica

(Una oferta de salvación para todos).

Los evangelios recogen las palabras de Jesús en la cruz: son las siete palabras que, tradicionalmente, meditamos cada año el día que celebramos su muerte, el Viernes Santo. Ahora, reunidos en esta iglesia para acompañar en la fe y en la oración el cuerpo sin vida de nuestro hermano N., hemos escuchado la segunda: "Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso".

Jesús, que en otro momento, también en la cruz, pide al Padre que perdone a aquellos que le habían crucificado, ahora perdona a aquél que, habiendo reconocido su pecado, le pide que se acuerde de él cuando llegue a su Reino. la respuesta de Jesús no se hace esperar: "Hoy estarás conmigo en el paraíso", le dice de forma clara y contundente.

En el último momento de su vida, aquel hombre, al que la tradición ha dado el nombre de Dimas, se abre a la salvación de Dios. Lo hace cuando se le ofrece la última oportunidad; quizás se le habían ofrecido otras muchas... quizás no. Sea como sea, Jesús, consecuente con lo que había enseñado y predicado y sin recriminarle nada, le promete el paraíso, la salvación.

(La salvación que deseamos para nuestro hermano)

Esta salvación, ofrecida a todos los hombres y mujeres, es la que deseamos y pedimos para nuestro hermano N.... Él ha acabado su estancia en este mundo; a lo largo de su vida seguramente el Señor le habrá ofrecido diversas oportunidades para hacer el bien, amar y ayudar, y él las habrá aprovechado. También, seguramente, habrá tenido ocasión de volver al buen camino cuando por debilidad humana se haya podido

apartar. Quién sabe si, a última hora, le habrá podido expresar su confianza, habrá podido pedirle perdón, le habrá dicho desde el fondo del corazón: Acuérdate de mí.

Nosotros, recordando que Dios es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia, le pedimos que rescate de la muerte a nuestro hermano N., lo libere de toda culpa y, reconciliado con Él y llevado sobre los hombros del Buen Pastor, lo haga disfrutar eternamente de la Vida de su Reino.

Él, nuestro hermano N., ya no está entre nosotros; su recuerdo, sin embargo, perdurará y nos acompañará siempre. Nosotros permaneceremos todavía en este mundo hasta que llegue la hora de dejarlo, que no sabemos cuando será. Ojalá, llegado el momento, podamos oír de labios de Jesús: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

(Saber perdonar como Dios nos perdona)

Estar con Jesús eternamente; estar ya ahora. Unidos con él tenemos que saber pedir el perdón de Dios para nosotros y para todos los hombres: "Perdona nuestras ofensas" decimos en el Padrenuestro, y añadimos: "Así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Rezando esta oración -la rezaremos también hoy nos comprometemos a perdonar a semejanza de nuestro Padre del cielo.

El perdón, hermanas y hermanos, es una exigencia del verdadero amor: quien ama, perdona; quien ama, sabe pedir perdón. Dios hace que en nuestro vivir de cada día, en nuestras relaciones familiares, laborales, sociales, tengamos Siempre el perdón a flor de piel. Lo dice Jesús en el evangelio, cuando responde a la pregunta que le hace Pedro: ¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces?. La respuesta de Jesús es tajante: No te digo siete veces, sino setenta veces siete. Lo que quiere decir, siempre.

También tenemos que pedir perdón a Dios. Él nos ofrece siempre este perdón. Basta sólo con pedirlo, reconociendo que tenemos necesidad de él porque no hemos hecho caso de su Palabra ni nos hemos esforzado lo suficiente en cumplir su voluntad. Esta Palabra, esta voluntad de Dios, la expresó con claridad Jesús, y la encontramos bien sintetizada en el sermón de la montaña: *sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. Tenemos que tender hacia esta perfección; tenemos que hacer el bien incluso a los que nos ofenden, amar a los enemigos, y orar por los que nos hacen daño. Tenemos que vivir el espíritu y la letra de las bienaventuranzas, de este programa de felicidad que puede dar un sentido nuevo a nuestra vida.

(La esperanza del cielo)

Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Este cielo, es decir, esta salvación, es la recompensa que el Señor ofrece a todos aquellos y aquéllas que hayan vivido, o al menos hayan intentado, vivir amando.

Pidamos al Señor que nos dé la fuerza necesaria para saberlo hacer, para quererlo hacer. Pidámosle que un día nos podamos encontrar con Él, con nuestro hermano difunto N. y con tantos otros que, quizás sin saberlo, han hecho realidad en sus vidas este programa de felicidad proclamado por Jesús.

J. BERDOY

12.- TEXTOS: Macabeos 12,43-46; Salmo 26; Lucas 23,33.39-43

Homilía genérica

(Rezar por los muertos... es idea piadosa y santa)

Hoy estamos aquí todos nosotros, como hace 2.500 años hicieran Judas Macabeo y sus compañeros soldados, "para rezar por los muertos". Ellos recogieron dinero y dedicaron tiempo a la honra de los compañeros que habían muerto en el campo de batalla. Querían cumplir así con un deber de compañerismo hacia los que no habían sobrevivido en la lucha. Pedían a Dios que los muertos fueran liberados del pecado".

También nosotros recordamos hoy a **N.** que ha partido de este mundo, que ya no está en el campo de batalla. Pues la vida, con todos sus afanes, es como una lucha. Lo fue para nuestro hermano **N.** (*aquí se pueden mencionar detalles de la vida del difunto que concretan su paso por este mundo: vida familiar, trabajo, aficiones, enfermedad final ...*).

Toda persona, también nuestro hermano **N.**, a lo largo de su paso por este mundo queda tocada por el pecado. Por eso necesita de nuestra oración que implora el perdón de Dios.

Aquellos soldados israelitas tenían claro que no desperdiciaban su tiempo ni su dinero al dedicarlos a los difuntos porque creían en la resurrección. Decía bien claro el texto que "si no hubieran esperado la resurrección de los caídos, habría sido inútil y ridículo rezar por los muertos". También puede que entre nosotros haya quien no crea en la Vida más allá de la muerte, esa Vida que los israelitas vislumbraban y que Jesús promete con toda certeza. Esos están aquí porque valoran el acompañamiento a los familiares de **N.**, porque quieren expresar su afecto hacia ellos y hacia nuestro hermano difunto **N.** También esos son

bienvenidos y ojalá puedan descubrir un día a ese Jesús que aprovecha los últimos instantes de su vida para hablar de; paraíso, y para asegurarlo a todo aquel que se confía a él!

("Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida")

El salmo que hemos rezado después de la primera lectura nos reafirmaba en estas ideas. Expresaba la confianza del creyente que "espera gozar de la dicha del Señor en el país de la vida", esto es, más allá de la muerte. Pide "habitar en la casa del Señor, aunque se sienta indigno de ello y por eso reclama la piedad de Dios. No tiene certeza alguna de conseguirlo, nada le asegura alcanzar semejante dicha. Porque su vida en este mundo y su relación con Dios aquí abajo es más búsqueda que certeza, por eso insiste: "Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro".

("Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso")

De buscar el rostro de Dios era todavía capaz aquel que estaba clavado en cruz junto a Jesús y a quien acostumbramos a llamar "el buen ladrón". Algo más que robar habría hecho, pues por el solo hurto nadie era condenado a morir crucificado. Más real sería llamara "el criminal arrepentido". Pero por grande que fuera su culpa, a diferencia de su otro compañero, él no se burla de Jesús sino que reconoce en él a quien puede apiadarse de su desgracia, a quien puede "hacerle gozar de la dicha de Dios en el país de la vida".

Se trata de una de las escenas más conmovedoras de; evangelio. Jesús, crucificado injustamente, extenuado, aprovecha los últimos instantes de su vida para hacer lo que siempre había hecho: escuchar al que se dirige a él con sinceridad, perdonar a quien se muestra arrepentido de su mala vida pasada, y asegurar la vida eterna al que se confía a él.

"Hoy estarás conmigo en el paraíso". Aparentemente, ¡qué poco

fiables sonarían estas palabras salidas de la boca de un rey a todas luces fracasado, de un hombre a los ojos de todos extenuado y a punto de morir!

El malhechor arrepentido, pasó por alto todas esas apariencias, y después de defender públicamente a Jesús obligando a callar a su compañero que se reía de él, se confió a Jesús. Aprovechó al máximo los últimos momentos de su vida para hacer una oración breve, resumen de su arrepentimiento y de su confianza total: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino".

Y el Señor le contestó asegurándole el paraíso. Paraíso que imploramos hoy también para nuestro hermano N. Y ¡ojalá todos nos hagamos dignos de ese paraíso, llevando una vida honesta, tratando como hermanos a los demás y como Padre a Dios!.

(Al compartir ahora la mesa de la Eucaristía de alguna manera prefiguramos esa situación. Aquí nos unimos los que en la tierra "buscamos el rostro de Dios" con los que -como nuestro hermano N. - ya "gozan de la dicha de; Señor en el país de la vida" para, juntos, celebrar a Dios que nos salva.

MARQUÉS

13.- TEXTOS. Job 29, 1,23,-27a. Lucas 23,44-46; 24.1-6^a.

Homilía breve en la muerte de una persona de edad

(Nos quieren hacer pensar sólo en los goces presentes)

Muchas corrientes dentro de nuestra sociedad nos quieren hacer pensar sólo en el goce de la vida presente. La publicidad quiere hacernos creer que la felicidad se compra, que la juventud se compra... que lo podemos comprar todo, para poder vivir en un mundo de color de rosa.

Todo lo que está fuera de este marco de felicidad aparente, la publicidad lo quiere ocultar. Y lo primero que quiere ocultar es la muerte. El mundo de hoy quiere ocultar la muerte, envolverla en el silencio y renunciar a preparar al hombre a morir.

Nosotros hoy no podemos ocultar este hecho: N. ha muerto (lenta-mente se ha ido apagando, se ha ido preparando a este momento, y nos ha ido preparando también a nosotros ...).

(La valentía de mirar a la muerte cara a cara)

Pero todavía hay más. Los que nos confesamos creyentes en Jesucristo, no sólo aceptamos el hecho por su evidencia biológica -un cuerpo que no tiene vida- sino que nuestra fe nos da el valor de mirara la muerte cara a cara, y hasta de hablar de ella, llamándola, como hacía san Francisco de Asís, "la hermana muerte".

Porque la muerte, para el creyente, es un paso hacia el encuentro Definitivo y pleno con Dios y los hermanos. Paso que vamos preparando cuando vamos muriendo a nuestro pequeño "yo" y nos vamos haciendo unas "personas para los demás"; cuando sabemos descubrir que el bien, la honradez, la apertura a Dios, son ya semilla de eternidad.

(La valentía de creer en la vida de Jesucristo)

Me diréis que esto es difícil de entender. Y yo os diré que es tan difícil como creer que la historia de Jesús no se acabó con la muerte. Aquel domingo, al romper el alba, las mujeres que iban a velar el cuerpo de Jesús encontraron el sepulcro vacío; atónitas descubrieron la respuesta al mismo: "**¿porqué buscáis entre los muertos al que vive?**"

Repetir **hoy** que **Jesús es "el que vive"** es proclamar la Buena Noticia de la vida para siempre y poner el fundamento de nuestra esperanza cristiana.

(La vida que comienza siguiendo el camino de Jesucristo)

Afirmar que Jesús es "**el que vive**" es afirmar que nuestro querido N. ya está viviendo su vida nueva. Vida que no comienza cuando se muere, sino cuando un hombre o una mujer se pone a caminar por la senda de Jesús, por el camino de; bien.

Que esta **Eucaristía** sea una **afirmación** de que Jesús vive, un **compromiso** a seguir su camino, una **oración** por nuestro N., para que la muerte sea para él un mejor nacimiento.

L. SUÑER

14.- TEXTOS: Hechos de los Apóstoles 10, 34-43, Lucas 23,44-24,6

Homilía genérica; familia creyente

(Una prueba para nuestra fe)

N. ha experimentado ya el encuentro con la muerte, y a través de él también la hemos conocido nosotros. Ese encuentro con la muerte es una prueba para nuestra fe, que puede llegar a remover, incluso, sus propios cimientos. Es por eso que hoy hemos leído las palabras de san Pedro.

El apóstol habla en nombre de la Iglesia, que quiere ser un signo de salvación en medio del mundo. Una Iglesia que acoge en su seno a gente de toda raza y cultura, de toda clase y nación, y que proclama en el mundo que "Jesús es el Señor de todos". Lo que nos dice san Pedro puede confortarnos en unos momentos como estos: "Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea". Pero también nos recuerdan que la vida de Jesús ha sido una vida abierta a todos los hombres, una vida que no se ha ahorrado el servicio, amor y bondad, especialmente hacia los más pobres.

(Miremos a Jesucristo)

Sin embargo, el conocimiento que san Pedro tiene de Jesús va todavía más allá. La entrega y el servicio de Jesús hacia los demás, así como su disponibilidad ante Dios le han conducido a la muerte. Pero ese mismo amor y disponibilidad son la causa que motivó que Dios lo resucitara.

Pedro ha experimentado personalmente la presencia de; Resucitado y la fe en Jesucristo, que vive para siempre. Porque no se ha

limitado a lo que hacía antes de la pasión de Jesús, es decir a comer y a vivir con Jesús, sino que ahora, sobre todo, cree en él, está convencido de que Jesús es "el abanderado del Reino de Dios". Dios ha actuado al resucitar a Jesús de entre los muertos y al constituirlo Señor de todos los hombres. Ésta es la buena noticia que Pedro ha de predicar, una buena noticia demasiado grande para que Pedro la disfrutara en soledad.

Y también es ésta la buena noticia que nosotros proclamamos hoy con motivo de la despedida de N., pero también cada domingo cuando profesamos el "credo". Allí decimos que Jesús es Señor de todos y que es además juez que nos valora la vida en el momento de la muerte y que concede a todos los que creen en él el perdón de los pecados.

(La buena noticia de la fe y de la esperanza)

Ésta es la buena noticia que hoy celebramos y que nos da consuelo y esperanza. Porque nosotros, en la persona de N. que nos ha dejado, también hemos experimentado el misterio de la muerte. Aun así, en la persona de Jesús podemos experimentar el sentido y las ganas de vivir. "Jesús es Señor de todos", de pobres y ricos, de sabios e ignorantes, de santos y pecadores. Y ha sido Jesús quien con su muerte y resurrección nos ha abierto las puertas de la Vida que no tiene fin.

Así pues, a pesar de la angustia y el dolor por la muerte de N., persona, muy querida por todos, nos atrevemos a decir unidos a Jesús que la vida vale la pena y que las puertas de la vida eterna están abiertas. Dios está con nosotros y la muerte no nos podrá vencer, ésa es nuestra fe. Y por ello damos gracias a Dios.

J. GRANE

15.- TEXTOS. Lucas 24,13-35

Homilía sencilla en una muerte sentida

(Se nos hace de noche)

"Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída"

También nosotros, muchas veces en la vida, podemos hacer nuestra la oración de los discípulos, aunque sea con palabras diferentes. Porque, al igual que ellos, con frecuencia se nos hace de noche.

Se nos hace de noche por muchos motivos. A nivel personal e íntimo, a nivel familiar, profesional o social.

Y ciertamente cuánto bien nos hace encontraron estos momentos de oscuridad a alguien capaz de alargarnos su manos, su esperanza, su amor.

Porque la vida sigue. Porque hay que continuar el camino. Porque no nos podemos parar demasiado tiempo, ni podemos permitir que los hechos, por dolorosos que sean, nos entierren o nos paralicen.

(La muerte es la oscuridad más aplastante)

Sí, ha oscurecido muchas veces en nuestras vidas. Pero es muy posible que la oscuridad más aplastante y más angustiosa se nos venga encima cuando nos enfrentamos con el hecho de la muerte;- más exactamente, cuando el hecho de la muerte se enfrenta con nosotros.

Y esta oscuridad se nos hace más densa todavía si el hecho de la muerte ha caído sobre alguna persona que nos es especialmente conocida y querida. Es entonces cuando más que nunca necesitamos a alguien que nos haga sentir su solidaridad, su compañía.

Queridos hermanos, estamos aquí porque la sombra de la muerte se ha extendido sobre N., que todos conocíamos y amábamos (*posible breve referencia a la vida del difunto*).

Nosotros, en estos momentos, querríamos ser esta mano extendida a las personas más íntimas de nuestro hermano N. Una mano que querría expresar todo nuestro sentimiento, nuestra comprensión, nuestra amistad.

(La fe en Jesús, el mejor consuelo)

Pero más que nosotros, todo eso lo quiere ser Jesús, que, como sabernos por la fe, está siempre muy cercano a cualquier situación humana. Como aquel día que se acercó a los discípulos de Emaús según hemos escuchado en el evangelio. Y, en Él y por Él, sabemos que, más allá de todo dolor y de toda muerte, hay una paz y una vida en plenitud.

Esta paz y esta vida que nosotros hoy deseamos y pedimos, llenos de esperanza, para N.

P. VIVÓ

16. - TEXTOS: Isaías 25,6a.7-9; Romanos 6,3-9; Juan 6,37-40

Homilía para público cristiano sobre el sentido de "celebrar la muerte". Con Eucaristía.

(El vacío de la muerte)

Hemos venido a realizar algo difícil de explicar. Hemos venido a celebrar la muerte de nuestro hermano N. **¿Es posible celebrar la muerte? ¿Tiene algún sentido hacerlo?**

Porque lo cierto es que la muerte es un acontecimiento catastrófico y trágico. Cuando la muerte llama a las puertas de nuestra casa, o bien a las de la casa de un pariente, de un amigo, de un compañero, de un vecino, lo hace para **arrancarnos la presencia viva de un ser amado.** Ni el más claro y piadoso recuerdo podría llenar el vacío que deja la muerte. La frialdad del cadáver hace más penetrante la ausencia de; ser amado: no hay palabra humana que pueda despertar el más pequeño brillo de estos ojos o la floreciente sonrisa de estos labios.

Cuando la muerte se acerca definitivamente a nuestra existencia, viene para robarnos el don máspreciado: la vida. **Y con la muerte lo perdemos todo.** las personas que amamos, el mundo en el cual hemos vivido, el tiempo que más o menos hemos aprovechado para hacer tantas cosas. Incluso, parece que quiera arrancarnos de las

*(Dios nos **hace** entrar, **por la muerte**, en **posesión de toda** nuestra vida)*

¿Tiene algún sentido, pues, celebrar la muerte? Repasemos el mensaje de las lecturas que acabamos de proclamar.

El evangelio de Juan ha afirmado claramente que los que creen en Jesús no se pierden, sino al contrario, ganan la vida eterna y el último día resucitarán.

No se pierden. **Por** la muerte, **yo pierdo** la vida, **y con ella lo pierdo todo, pero yo no me pierdo.** ¿Por qué? Dice Jesús: "Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que cree en el Hijo tenga vida eterna". Ello quiere decir que por la fe hemos sido introducidos en el dominio en el dominio del Señor Resucitado, que **por la fe pertenecemos a Cristo.** San Pablo nos ha recordado que por el bautismo, que es el sacramento de la fe, hemos sido sumergidos en la muerte de Cristo, para emprender una nueva vida.

La muerte no me puede perder. Pero, ¿qué pasa con los que han muerto? El evangelio nos ha hablado de la vida eterna. ¿Otra vida, quizás? Porque nosotros, los hombres, estamos hechos para vivir esta vida: ¡y cómo nos aferramos a ella! la vida, decimos. Pero, ¿qué es esta vida? ¿No os parece que vivir es ir perdiéndolo todo? Si la vida la medimos por los años ¡cuantos más tenemos, menos nos quedan! Imaginaros que corréis por un bosque lleno de zarzas: poco a poco, por entre el bosque, iréis perdiendo trozos de ropa, y quizás trozos de piel y de sangre.

De la misma manera, vivir es ir llenando nuestra existencia de experiencias, de hechos, de cosas y de personas. Y Jesús ha dicho: "Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga la vida eterna". No una vida larga, ni tan sólo otra vida, sino **la vida misma: que cuando mueran entren en posesión de su vida, de todo lo que han perdido, de todo lo que han amado.**

(Nuestra vida: como la resurrección de Jesucristo)

Por la muerte lo pierdo todo, pero con la muerte gano la vida. ¿Cómo? ¿De qué manera? No lo sabemos, pero Jesús ha hablado de resurrección. Ello quiere decir que el encuentro de un hombre que muere con su propia vida es **el resultado de aquella acción nueva y última de Dios, que lo renueva todo.**

El aspecto más aniquilador de la muerte es que rompe los lazos con los vivos. Pero Jesús ha dicho: 'Y yo lo resucitaré en el último día'. Ello quiere decir que llegará un día en que todos los pueblos y todos los hombres participarán del convite de la plena comunión. Y esta fe, y esta esperanza, hacen que, ahora mismo, cuando despedimos a un hermano difunto, no tengamos que decir "adiós", sino "hasta luego".

Porque creemos en Jesucristo, muerto y resucitado, por ello podemos ahora celebrar la muerte de nuestro hermano. Para eso hemos venido aquí. Pero al mismo tiempo, hemos venido también para otra cosa. ¿No os parece que es fabuloso poder **ayudar a nuestro hermano difunto**, para que tenga unos ojos inmensos para ser llenados de luz, un corazón más grande para poseer más plenamente la vida? Eso es lo que hacemos con nuestro sufragio.

Celebremos ahora la Eucaristía. El cadáver de nuestro hermano participa también, de alguna manera, del destino mortal del pan y del vino que ofrecemos. Pero en la Eucaristía celebramos la muerte del resucitado: y el pan y el vino, que contienen la presencia viva de Cristo, anuncian la resurrección de nuestro hermano.

J. GIL

1 7. - TEXTOS.- Isaías 25,6^a.7-9 ; Juan 6,51-58.

Homilía en una celebración exequias para público creyente y practicante: la Eucaristía, alimento y prenda de la vida eterna.

Para celebrar cristianamente la muerte de un hermano nuestro en la fe, nos reunimos en torno a la Palabra de Dios y de la mesa de; Señor. En nuestros oídos y, Dios lo quiera, también en nuestro corazón, ha resonado una palabra que nos ha invitado a un banquete, que nos ha hablado de salvación y de esperanza, de resurrección y de vida para siempre. Aceptemos, hermanos, esta palabra que nos salva y demos gracias a Dios por ella, Él que nos consuela siempre en medio de nuestro dolor.

(El convite de la vida)

Desde el Antiguo Testamento hemos escuchado la voz profético que nos anunciaba la victoria sobre la muerte, este velo de dolor que cubre a todos los pueblos de la tierra. **Dios aniquilará la muerte para siempre y enjugará las lágrimas de todos los rostros**, borraré el oprobio de su pueblo. Porque nuestro Dios es el Dios de la esperanza y de la salvación, por eso nos alegrarnos y celebramos que nos ha salvado.

La salvación de Dios, la liberación que Él nos concederá, nos es presentada en la imagen de un convite que nos congregará para celebrar la vida. Es Dios mismo el que nos convidará para darnos la certeza de una victoria definitiva sobre lo que entristece y cubre de duelo a todos los pueblos.

(El pan de la vida: la carne que da vida al mundo)

La promesa del convite de la vida, hecha en el Antiguo Testamento, encuentra su cumplimiento en las palabras de Jesús que hemos escuchado en el evangelio de esta Eucaristía.

Jesús, el que ha bajado del cielo, es la misma vida. Él ha venido efectivamente para que todos tengamos vida, y la tengamos en abundancia: **una vida para siempre, no sujeta a la barrera insuperable de la muerte.**

Ahora bien, Jesús nos da la vida haciendo que comamos el pan vivo, bajado del cielo. Este pan es su carne, que Él entregó a la muerte de cruz para dar vida a todos los hombres.

La promesa de Jesús en el evangelio de Juan que hemos proclamado, hace referencia a la donación que Él hizo de su vida en su pasión. En la muerte y resurrección de Jesús, efectivamente, encontramos la donación suprema de Jesús por amor, hasta el extremo. **Jesús acepta la muerte para que todos vivamos por Él.** Es la donación total por amor al Padre y por amor a todos los hermanos. De esta donación brota la vida para los creyentes, para los que aceptan la muerte redentora de Jesucristo.

Por esto Jesucristo instituyó el sacramento que ahora celebramos, que es por encima de todo memoria; vivo y eficaz de la Pascua del Señor, el convite prometido en el Antiguo Testamento para liberar a todos los hombres de la mortaja que les oprimía, del velo que irremediablemente les hacía desgraciados e infelices.

No comemos en la Eucaristía simplemente un alimento celestial, como el maná: éste no podía liberar de la muerte. **La Eucaristía es la fuente de la vida porque en ella se nos da la carne y la sangre del Hijo de Dios, que Él mismo ofreció en la cruz para dar vida a todo el mundo.**

Por eso, con toda claridad y contundencia, nos dice: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día". ¿Por qué? Porque "el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él", dice el Señor. Decimos que la Eucaristía es nuestra comunión con el Señor, y es verdad: una comunión de vida tan íntima como la que existe entre el Padre y el Hijo, que gozan de la misma vida divina. También nosotros, **en la Eucaristía, entramos en comunión con el Hijo de Dios, es decir, compartimos la vida para siempre**, la vida inmortal, la que bajó del cielo cuando el Hijo se hizo hombre para que todos nosotros nos hiciéramos hijos de Dios.

Hermanos: **la Eucaristía es garantía de la gran esperanza, de la vida eterna en el reino de Dios.** Nuestro hermano difunto se alimentó de ella mientras convivía con nosotros y peregrinaba hacia la patria a la cual confiamos que ya ha llegado, hacia la asamblea de los santos a la cual le encomendamos en nuestras oraciones, hechas con fe. Para celebrar cristianamente su muerte, el paso de esta vida de peregrinos a la vida definitiva en Dios, **no tenemos nada mejor que reunirnos en torno al convite de la vida**, que es la santa cena del Señor, para comer el pan bajado del cielo, que es semilla de inmortalidad. En este sacramento proclamamos la muerte y la resurrección del Señor Jesús con la esperanza de su retorno glorioso, cuando venga definitivamente para reunir en su Reino de vida a los vivos y a los difuntos, para vencer la muerte para siempre, para hacer brillar por encima de todos los hombres liberados la luz de la vida y de la paz eternas.

P. LLABRÉS

18.- TEXTOS:- 1Pedro 1,3-9; Juan 10,1-10-

Homilía genérica. Las lecturas se encuentran en el leccionario dominical del ciclo A: la primera corresponde al segundo domingo de Pascua, y el evangelio al cuarto domingo también de Pascua.

(La muerte nos sitúa ante Dios)

La muerte de N. ha puesto en evidencia que nuestra vida es muy limitada y que nadie se escapa del poder de la muerte.

Quizás no nos guste hablar de ello y por eso escondemos o ignoramos a menudo la realidad que implica la muerte. Aun así, esta muerte ha de ayudarnos a nosotros que somos cristianos a prestar un poco de atención a este tema y a ponernos ante Dios con actitud de oración. Y ha de ayudarnos porque creemos que Jesús, nuestro pastor, ya ha vencido la muerte y ha hecho posible que "tengamos vida y la tengamos en abundancia", tal como hemos escuchado en el evangelio. Y porque esperamos que un día Dios resucitará a N. tal como hizo con Jesús.

(Nuestra sociedad tapa la muerte)

En nuestra sociedad es difícil reflexionar y rezar sobre la muerte. Parece que se quiere olvidar esta realidad fundamental y decisiva que nos llena de interrogantes e incertidumbres porque rompe el hilo de la existencia humana. Y es que estamos acostumbrados que en el mundo actual se valoren sólo el rendimiento y el cálculo, las ganancias y beneficios, lo que impide ver lo que se encuentra más allá.

(La muerte, una llamada para nosotros los cristianos)

En cambio, a los cristianos la muerte nos hace pensar que hay que vivir el mundo más profundamente; que no nos podemos limitar únicamente a comer y a dormir o al trabajo de cada día; que vale la pena construir una vida más intensa, una vida más feliz para todos. A los cristianos la muerte nos hace soñar con una vida que no sea tan dura como ésta, una vida muy diferente en la que Dios ocupe el primer lugar. La muerte nos ha de animara trabajar para liberarnos del materialismo que deshumaniza y para cambiar el orden actual de las cosas.

(Jesús nos lleva ventaja)

Esto es lo que hemos escuchado en el Evangelio. Jesús es el adalid del Reino de Dios porque nos ha precedido en nuestro camino hacia Dios y se ha puesto al frente de la humanidad entera. Jesús es el Pastor y Guía que ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Jesús es la puerta que vale la pena cruzar, porque abre el paso por un camino nuevo hacia unas praderas sin peligros que alimentan de verdad.

Ésta es la fe que hoy proclamamos ante la muerte de N, sin ningún tipo de vergüenza, y que nos lleva a pedirle a Dios básicamente dos cosas: que dé a N. la vida nueva de Jesús, y que todos nosotros amando y sirviendo como Jesús vivamos ya ahora esta vida nueva.

J. GRANE

19.- TEXTOS: Juan 11. 1-36

Homilía genérica. El texto evangélico no se encuentra entero en el leccionario y hay que leerlo de la Biblia.

Hoy, que nos reúne el recuerdo de nuestro hermano difunto, el dolor y la pena de su enfermedad y muerte, las palabras de evangelio de Juan que acabamos de leer, nos pueden acompañar e iluminar en estos momentos.

(Jesús comparte nuestra pena)

Vemos que Jesús tiene amigos. La familia de Lázaro, Marta y María, son amigos de Jesús. Sabemos que muchas veces lo acogieron en su casa. Y por eso, Marta y María avisan a Jesús cuando Lázaro se pone enfermo. En estos momentos difíciles quieren que Jesús comparta sus preocupaciones e inquietudes.

No existe una página en el evangelio donde Jesús no esté al lado de la gente de; pueblo, de sus amigos, y especialmente de los pobres, de los enfermos, de los que sufren. Jesús se acerca a la gente porque con ella quiere compartir la amistad, sus preocupaciones y penas, sus inquietudes, sus alegrías y esperanzas. Jesús siempre es motivo de consuelo, de ayuda, de sentirse acompañado, de sentirse perdonado y amado por Dios.

Que nuestra presencia hoy, aquí, también nos permita encontrar este Jesús que está a nuestro lado compartiendo la tristeza por la muerte de nuestro hermano. Nuestros ojos no lo ven, pero nuestra fe hace que lo sintamos presente entre nosotros. Despertemos, por tanto, nuestra fe. Acojamos a Jesús como amigo. Y sintamos como Jesús en estos momentos, tal como hizo con Marta y María ante el sepulcro de Lázaro comparta nuestra pena y nuestras lágrimas. Que su compañía y comprensión nos dé consuelo. Y démosle gracias por este gesto que tiene hacia todos nosotros.

Lo que acabamos de decir de Jesús, procuremos también decirlo de

nosotros. Si nos hemos reunido aquí, que sea por el amor y la amistad que teníamos con el difunto, que sea para dar como Jesús un testimonio de solidaridad con la familia, en estos momentos difíciles. Que sea para compartir entre todos el dolor de esta muerte.

(Jesús nos abre a la esperanza)

A nuestro lado, Jesús es también aquél que nos abre a la esperanza de una vida y felicidad plenas y, más aún, él mismo se nos ofrece como esta vida y esta felicidad. Recordemos las palabras que dijo a Marta: "Tu hermano resucitará... Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre".

La muerte es un hecho que nos visita constantemente, y nos deja no sólo afligidos y tristes, sino también nos deja muchas veces sin esperanza, sin ilusión ante la vida. Con la fuerza que nos da la compañía de Jesús, con la luz que nos dan sus palabras, con el testimonio de vida que nos dio, con la fe en su resurrección, hagamos nacer en nosotros la esperanza en la vida que nunca se acaba a pesar de la muerte, avivemos en nosotros la confianza que nos da el saber que nuestro hermano se encuentra en las manos de; Padre para siempre.

Jesús, igual como le preguntó a Marta: "¿Crees esto?", nos hace la misma pregunta a nosotros. Que cada uno haga suyas las palabras con las que Marta respondió a Jesús: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios el que tenía que venir al mundo". Que para nosotros, Jesús sea nuestro Dios y Señor, el dador de vida, el salvador de; mal y de la muerte, y, como él, seamos portadores a los hombres y mujeres de nuestro mundo de esta esperanza de vida y de felicidad plenas.

O. GARRETA

20.- TEXTOS.- Juan 11,17-27.

Homilía genérica en una muerte sentida.

Las palabras que acabamos de escuchar, del evangelio de san Juan, pueden ser una ayuda para nuestra reflexión cristiana. Permitid que, brevemente, diga algo sobre ellas.

En primer lugar vemos que **Jesús hace aquello que también nosotros hoy hemos hecho**. Jesús sabe que su amigo Lázaro ha muerto y, aunque estaba lejos, acude a Betania, la población del difunto. Y como dice la continuación del evangelio que hemos leído- se conmueve y llora al ver el dolor de Marta y María, las hermanas de Lázaro.

Podríamos decir que esta participación en el dolor, este deseo de ayuda, de compañía, que significa nuestra presencia hoy aquí, es algo plenamente compartido por Jesucristo. Y por eso los cristianos creemos **que también ahora, que también aquí, está presente Jesús conmovido**, Jesús compadecido, Jesús que quiere acompañar y ayudar a todos aquellos a quienes más ha afectado la muerte de N. Y todos podemos pensar que nuestra presencia aquí, nuestra compañía- y quizás ayuda- a quienes eran más próximos al difunto, hacen presente y palpable el amor de Dios, la compasión de Jesucristo.

En segundo lugar, las palabras que hemos leído **nos abren a una promesa de esperanza**. Quizá más difícil, menos palpable, pero no por ello creemos aquellos que nos fiamos de la palabra de Jesucristo menos real. Es la gran esperanza de la resurrección. Es la gran esperanza de que la muerte no significa el fin. Es la convicción -por más difícil que resulte aceptarlo- de que Dios quiere para todos los hombres una vida para siempre, una vida sin fin.

Este fue **el gran mensaje de Jesucristo**. Que Dios, nuestro Padre, nos ama y por eso ya ahora podemos vivir -durante nuestro camino en la tierra- en comunión con su amor. Que lo más importante no es pensar en ello sino vivirlo; es decir, vivir como hijos de Dios, participando de su bondad, de su amor, cada día. Y que quienes así viven -aunque como todos tengan sus pecados, sus defectos- no morirán para siempre, resucitarán como Jesús resucitó después de su muerte. Para vivir para siempre en la comunión de plenitud de vida con Dios, en aquella gran fiesta eterna que el Padre nos ha preparado para todos.

Este es el mensaje de Jesús, el Mesías de; Reino de Dios, el Hijo de Dios. Esto es lo que los cristianos intentamos vivir. Esta es la esperanza que da fuerza hoy a nuestra oración.

Con toda confianza, con una gran esperanza que venza en lo posible el peso de; dolor, **roguemos al Padre** para que acoja en la vida eterna al difunto N. N. Y para que a nosotros nos dé el saber vivir ahora y siempre tal como quisiéramos haber vivido en la hora de nuestra muerte. Oremos, hermanos, unidos con Jesucristo sabiendo que -como hemos escuchado en el evangelio- "todo lo que pidamos a Dios, Dios nos lo concederá".

Y que la paz del Señor esté con todos vosotros.

J. GOMIS

21 . - TEXTOS: Job 19, 23-27; Juan 1 1, 17-27

Homilía en una muerte sentida

(No valen las palabras)

Es inútil querer consolar con palabras a una persona que sufre profundamente en su corazón -y ésta es la situación en la que estáis muchos de vosotros ante la muerte de N.-. Lo mismo se puede decir de los intentos de confortar con la explicación de bonitas teorías a una persona que no acaba de encontrar el sentido de la vida ni de la muerte o que ha perdido a alguien muy querido. Lo mejor que podemos hacer es solidarizarnos con ella en silencio fraternal.

(Job no entiende pero cree)

Job, el personaje de la primera lectura, era también un hombre con una situación anímica similar a lo que explicábamos. Había perdido todos sus bienes, fruto de; esfuerzo y de; duro trabajo de muchos años. Había perdido la salud, su vida se encontraba pendiente de un hilo y no veía el sentido de la vida. Estaba sumergido en la angustia y se preguntaba: ¿Por qué, Señor llevo esta vida tan desgraciada? Y sus amigos, satisfechos con sus creencias religiosas, lo hundían aún más con sus sermones. Esos amigos tendrían que haberse compadecido de él, amarlo en silencio, y ahorrarse las palabras.

Pero Job es un gran creyente, un hombre de fe, que vive su fe, como todos los creyentes, en la oscuridad. Sin embargo, ahora, a causa de la miseria, esa oscuridad le parece más densa. Pero, sin embargo, cree con todas sus fuerzas.

Se obstina en esperar que Dios, a pesar de que Dios todavía no ha intervenido para librarle de su desgracia. Hasta que un día hace un acto de fe y esperanza que ni tan siquiera él puede justificar ni explicar pero que se convierte en una certeza absoluta. Job cree rotundamente que "está vivo su Redentor y que al final se alzaré sobre el polvo". Job sabe que Dios tendrá la última palabra sobre el hombre y hará justicia y podrá más que el mal que ahora lo hunde.

(Con Jesucristo, una nueva esperanza)

Job vivió algunos siglos antes de Jesús por lo que su esperanza es todavía muy primitiva. Esto se explica porque la fe en la resurrección se fue desarrollando poco a poco en el judaísmo y porque creer en la resurrección encuentra su justificación en Jesucristo a quien Dios levantó victorioso de sepulcro.

Por tanto, Job estaba muy lejos de lo que creemos nosotros. Nosotros nos hemos incorporado a la muerte y resurrección de Jesús desde nuestro bautismo, y nuestra vida está animada por el mismo Espíritu de Jesús. Por eso creemos que N., que ya comparte la muerte de Jesús, compartirá también su resurrección.

Esta es la fe que nos reúne aquí en la iglesia. Esta fe nos hace decir: "mis propios ojos verán a Dios" y a todos los que están con Él. La vida de N. no se ha perdido porque Dios es más poderoso que la muerte. Y llegará un día en que nos volveremos a encontrar todos juntos y que compartiremos del todo nuestra vida con N., con Jesús y con Dios.

J. GRANÉ

22. - TEXTOS: Romanos 8, 1 4-17; Juan 11,21-27

Homilía para público creyente, en la muerte de una persona querida.

(Ante la muerte, la fe nos abre unas nuevas perspectivas)

La fe en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por todos los hombres, nos abre ante el hecho de la muerte unas perspectivas llenas de esperanza. Lo acabamos de proclamar en estas lecturas bíblicas. Nos ha dicho Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá". Y también san Pablo: "Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios: y si hijos, también herederos".

(Más allá del dolor, comprensible, de la separación de una persona querida)

Es verdad que nos duele la separación de un ser querido, sobre todo cuando esta persona ha sido muy amada por nosotros. Y es verdad que Jesús nos enseña a saber compartir el dolor de los que sufren. Pero la fe en Él transfigura este dolor. Él ha querido compartir nuestra vida humana, como hombre verdadero, hasta la muerte; por su resurrección, o sea, por la vida que ahora posee para siempre en plenitud, nos da la esperanza de que también podremos compartir esta vida suya para siempre. La muerte, por ello, no es aniquilación de nuestras vidas, es un paso a la nueva vida de Dios. Popularmente decimos: que nos volvamos a ver en el cielo. Es una expresión que apunta a nuestra supervivencia, a la manera de Dios, y manifiesta claramente cómo todos nos podremos encontrar en la nueva vida de Dios, nuestro Padre.

(Pero ¿cómo será la otra vida?)

Tal vez nos preocupa demasiado el pensar cómo será esta vida nueva. Queríamos saber exactamente en qué consistirá. Y esto nos levanta dudas respecto al más allá. De todos modos, "lo que será", la Palabra de Dios nos lo explica con ejemplos y comparaciones. La felicidad que podemos conseguir no es comparable con la felicidad de este mundo terreno, aunque éste sea el punto de comparación. San Pablo pone el ejemplo de la semilla que se siembra con la planta y el fruto que puede producir. Y ciertamente, ¡qué diferencia hay entre la semilla y el árbol! Así también entre nuestra vida de este mundo y la que esperamos.

(Oremos con fe y esperanza)

Por eso hemos de rezar, pedir a Dios que nos ayude a esperar en esta vida nueva que Él nos ofrece: que nos dé fe y esperanza para conseguirla, que nos dé alegría para cuando llegue la hora de la muerte. Sí, saber decir que "sí" a la palabra absoluta de Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. No morirá para siempre".

L. BONET

23. - TEXTOS.- Juan 11,32-45.

Homilía en una muerte sentida

(Jesús se conmovió, como nosotros)

Hoy formamos aquí un grupo de personas que se reúne con una vivencia difícil de sobrellevar: la muerte de una persona que queremos, uno de nuestra familia, nuestro amigo. Hoy se pone de manifiesto todo lo que ha significado para nosotros. Qué decisivo es hacer el camino acompañados. Cuando falta uno de nosotros el camino se hace difícil, pesado, incluso imposible.

El texto que hemos escuchado del evangelio es como un espejo para nosotros: Marta, María, el hermano Lázaro que ha muerto, los amigos, y entre ellos Jesús, la gente del pueblo afectada por lo que vive la familia de Lázaro.

Jesús llora al ver que los suyos y el pueblo lloran. Es un sollozo que le sale del corazón: Jesús se conmueve. Todo el mundo se dio cuenta: Jesús se echó a llorar y los judíos comentaban "¡Cómo lo quería!". Hoy vosotros también habéis llorado mucho, es vuestro lenguaje, el que hoy os hace sentir familia, compartiendo una misma amistad decisiva en la que nadie sobra.

(Nosotros, Jesús, ¿qué podíamos haber hecho?)

Atravesamos un momento difícil que provoca que pase de todo por nuestra cabeza. Habríamos hecho lo que fuera con tal de cambiar los acontecimientos ¿qué hemos hecho mal? ¿qué más podíamos haber hecho? ¿Cuántas veces en estas horas hemos querido volver atrás, como si todo hubiese sido un sueño?

Le echan en cara a Jesús: "Si has abierto los ojos a un ciega, ¿no podías haber impedido que muriera éste?". María le dice a Jesús con el corazón en la mano: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano". Quizás nosotros también hemos manifestado nuestra decepción a Dios: ¿es que no tiene nada que ver? ¿es que no puede hacer que las cosas sean de otra manera?

Pero encontrarnos con Jesús es encontrarnos con la vida. Es también encontrarnos con su sollozo que tiene el sonido de nuestro vivir lleno de sentimiento. Y es, además, el encuentro con toda la vida que se despliega cuando él está a nuestro lado.

(Jesús nos levanta del acorralamiento de la muerte)

Jesús hace frente a la muerte. No cabe ningún tipo de pacto con la muerte. Jesús va directo: "¿Dónde lo habéis enterrado?" "Quitad la losa". No se paró ante la descomposición del cadáver, porque Él es la vida: "Desatadlo y dejadlo andar". Con Jesús es imposible quedar a merced de la muerte.

Hoy Jesús nos levanta del acorralamiento de la muerte que nos tiene asidos de pies y manos. Él es la resurrección y la vida. Con Jesús el sepulcro sólo es el paso a la vida.

Todo lo que hemos compartido con nuestro familiar o amigo tiene la huella de la vida destinada a resucitar. Jesús no es el que evita que muramos, es el que nos levanta de la muerte y nos muestra que la vida que Dios ha desplegado en nosotros no se quedará atrapada en la muerte, sino que es la pista para reencontrarnos definitivamente con la vida de Dios.

Jesús, tan identificado con María, Marta y Lázaro, tantos amigos que son su familia, nos muestra la verdadera raíz de esa familia: "Jesús,

levantando los ojos a lo alto, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado". Sí, hoy también con Jesús podemos rezar así; mejor aún, podemos sentir esta familia que con Dios no deja lugar a la muerte, la familia en la que cabemos todos, también aquel que hoy nos hace llorar. No podría ser de otra manera. Hay tanto de Dios en nosotros que hoy, ayudados por Jesús, también podemos decir: "Padre, te damos gracias", y así poder abrazar la vida. Una vida en la que ahora, en nuestro familiar o amigo, se ha desvanecido la sombra de la muerte.

J. SOLER

24. - TEXTOS.- Juan 12,23-26. (Versión breve).

Homilía sencilla. U muerte y la resurrección de Jesucristo, prenda de vida eterna para los que han muerto.

Cuando ya se acercaba la hora de su" pasión, Jesús dice estas palabras que acabamos de escuchar en el evangelio de san Juan: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre".

Se acerca la hora de su muerte, la hora en que las tinieblas harán sentir su poder, queriendo apagar la luz que es Jesucristo. Pero las tinieblas no pueden contra la luz que es Cristo.

Jesucristo muere, es cierto, y como el grano de trigo enterrado bajo tierra, es amortajado en el sepulcro. Pero, resucitado de entre los muertos, ya no muere más. La muerte ya no tiene ningún poder sobre Él.

Al contrario: Jesucristo vive, glorioso, para siempre: en Él encontramos la vida quienes lo seguimos y lo servimos. Y Jesucristo nos dice que estaremos allí donde Él está, es decir, en la gloria de; cielo, por- que el Padre honrará a quienes se hacen servidores de Jesucristo.

Nuestro hermano **N.** ha muerto. En esta plegaria que hacemos en el momento de su entierro, pedimos que, purificado de todas sus culpas y liberado de su deuda, esté allí donde está Jesucristo.

Y nosotros, que deseamos y esperarnos volver a encontrarnos con nuestro hermano en el cielo, vivamos sinceramente como servidores de Jesucristo, como buenos cristianos.

Sepamos hacer de la vida una donación a Dios; una entrega que dé mucho fruto. Así no perderemos la vida y la guardaremos para la vida eterna.

F. X. ARÓZTEGUI

25.- TEXTOS: Juan 12,23-28

Homilía genérica

(La imagen del grano de trigo)

Hermanos: la muerte es una realidad que nos supera, que vemos rodeada de misterio y que, lo queramos o no, nos lleva a pensar en Dios. Él es el único que puede iluminarnos para despejar este misterio, para dar sentido a esta realidad que, humanamente, no sabemos explicar. Jesucristo, enviado por el Padre para que conociésemos la Verdad, en el fragmento del evangelio que acabamos de escuchar nos explica con un ejemplo, sacado de la misma naturaleza, esta realidad que escapa a nuestra experiencia sensible y a cualquier comprobación científica.

Fijémonos en el grano de trigo. Cuando lo siembran y cae al suelo, con la humedad se deshace, se pudre, deja de existir como tal grano de trigo. Pero fijémonos cómo **del interior del grano ha salido una pequeña raíz** que tomará de la tierra su alimento y dará lugar a una nueva planta, una nueva vida que crecerá y dará fruto abundante.

(Nosotros, hechos a imagen de Dios, destinados a una vida eterna)

Así pasa con nosotros. La muerte nos obliga a devolver a la tierra todo aquello que de la tierra hemos tomado. En esto no somos diferentes de los demás seres vivos que hay en la tierra. Nuestros componentes materiales vuelven a empezar el ciclo ininterrumpido de la naturaleza.

Pero nosotros **somos más que los animales y las plantas**. Nosotros hemos sido creados "a imagen y semejanza de Dios". Y en Dios no hay materia. ¿Qué es lo que hay en nosotros que nos hace a imagen y semejanza de Dios? Desde luego que no es la materia. Nuestros componentes materiales nos hacen más a imagen y semejanza de los otros seres materiales de la creación.

Hay en nosotros algo que es distinto. Nuestra misma experiencia nos lo indica. Hay en nosotros una **inteligencia** que nos hace entender las cosas, descubrir sus causas, establecer sus leyes y sobre todo, a partir de las cosas creadas, nos permite llegar al conocimiento del Creador y establecer con él una relación. También observamos en nosotros una **capacidad de amar** que supera el egoísmo instintivo, que nos hace capaces de dar gratuitamente sin esperar nada a cambio, tal como hace Dios con nosotros, y ello nos lleva a una corriente mutua de amor entre Dios y nosotros.

Esta realidad profunda, **este "yo" personal, que nos hace a imagen y semejanza de Dios**, no muere. Está destinado a una vida eterna. La que Dios nos tiene reservada, precisamente cuando nuestro cuerpo, como un grano de trigo, cae en tierra y muere. Es entonces cuando, revestidos de inmortalidad, nos podemos sentar como hijos a la mesa de; Padre, en la casa paterna, para contemplarlo cara a cara, tal como él es y saciarnos de su amor para siempre.

(Como Jesucristo)

Esta nueva vida **es la que inauguró Jesucristo con su muerte y su resurrección**. Él pronunciaba las palabras de fragmento del evangelio que hemos leído cuando estaba a punto de despedirse de sus amigos. Ya presentía su muerte, pero anunciaba también su resurrección. Esta comparación de; grano de trigo, ilumina la muerte y la resurrección de Cristo, pero ilumina también la nuestra. Si Cristo, el Hijo de Dios, nuestro hermano mayor, ha hecho este camino, también nosotros participamos de su Pascua, también nosotros estamos destinados a pasar de este mundo al Padre.

(La Eucaristía que vamos a celebrar, nos hará revivir la muerte y la resurrección de Cristo que es garantía de la nuestra).

A. TAULÉ

26.- TEXTOS: Juan 14,1-6

Homilía genérica

(Un momento duro y difícil)

Este fragmento del evangelio de san Juan que acabamos de leer se sitúa en la última cena de Jesús con sus amigos, el día antes de morir. Jesús abre su corazón, tiene una necesidad inmensa de comunicarse, es la oportunidad de poner luz a todo lo que han compartido y que tanto ha significado, es el testamento. Es también la hora de la tensión, de no saber qué postura adoptar, de montones de imágenes que se superponen y que no hay forma de ordenar. Y también, sorprendentemente, es un momento de máxima finura y lucidez, es un momento en que uno llega hasta el fondo y comprende como nunca.

Pienso que vosotros también estáis viviendo esto mismo: un momento cargado de contradicciones, de oscuridad y de una luz inesperada, de comunicación inimaginable y de pasos obstruidos que parecen infranqueables. Durante estas horas seguro que ha pasado por vuestra mente todo lo que habéis compartido con vuestro familiar y amigo, agradecidos a la vida, pero sintiendo que se ha acabado. La muerte y la vida, el amor con toda su fuerza, pero sintiendo la impotencia de su realización plena.

(Jesús nos sabe acompañar)

Jesús se nos ofrece como el amigo que está a nuestro lado incondicionalmente, que entiende estos sentimientos tanto nuestros como suyos, él sabe llorar y sabe mantener el deseo de vivir que no se resigna. Él sabe acompañar silenciosamente, escuchar, y también

formular nuestras palabras cuando tan sólo las comenzamos a insinuar. Jesús es el amigo. Aquellos hombres que compartieron con él la última cena, el día antes de morir, nos lo ofrecen como amigo.

Él sabe de corazones que no pueden encajar el dolor o el sufrimiento ante la muerte: "Padre, si es tu voluntad, aparta de mi este cáliz", reza al comenzar el camino de la Pasión. Por eso nos confortan esas palabras que nos dicen: "Que no tiemble vuestro corazón". La muerte no es el final, hay más vida, mucha más vida, hay toda la vida.

Jesús hoy nos descubre toda la vida que hemos compartido con los nuestros, y no sólo nos la descubre desde la nostalgia, no sólo desde lo que hoy sentimos que hemos perdido, sino como una vida que hoy podemos acoger como definitiva: todo el amor que hemos compartido, el perdón, la entrega, el hecho de contar con el otro, el disfrutar y el sufrir juntos forma parte de esta casa de todos que es la Casa de Padre.

(Jesús nos quiere llevar por el camino de la Casa del Padre)

Jesús estos días, y muy especialmente ahora, quiere ir acompañando todo esto, y de una manera sencilla, llena de afecto, nos quiere llevar por este camino que es la casa del Padre y que ya podemos sentir como nuestra casa porque en ella ya podemos comenzar a ver a nuestro hermano.

No resulta fácil, hay demasiadas cosas, demasiados sentimientos para llegar a sentir que nuestro corazón late con el de Jesús. Pero a Jesús siempre podemos preguntarle, aunque la pregunta parezca que pone de manifiesto nuestra debilidad: "Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". Una y otra vez volvemos a estar desconcertados, y es que la muerte es el desconcierto.

Jesús nos vuelve a decir: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.. Nadie va al Padre, sino por mí. El camino de la vida sigue abierto, la muerte no lo puede cerrar. Ese camino está con Jesús, que es la verdad y la vida, es el camino hacia el Padre, es el camino que pasa por el corazón, porque en él hay un recuerdo muy nuestro: el amor que se ha realizado de tantas maneras entre nosotros y especialmente en nuestro familiar y amigo y que ahora, para él es vida nueva, vida resucitado, con Dios Padre.

"Que no tiemble vuestro corazón. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros". Hoy Jesús nos habla directo al corazón porque es el amigo y nosotros lloramos porque sabemos lo que es la amistad.

J. SOLER

27.- TEXTOS: Romanos 8,31-39; Juan 14,1-6

Homilía genérica

(Somos limitados)

Todos sabemos muy bien que la vida pasa y que un día se acabará. Sin embargo, desde que la enfermedad atrapó a N. y, sobre todo, ahora que la muerte se lo acaba de llevar nos sentimos limitados y amenazados. Hoy palpamos que todo es precario ante nuestros ojos. Nos damos cuenta más claramente de que la muerte se encuentra en el horizonte de la vida. La muerte hace de nuestra vida una tarea seria, no un juego. Una tarea que nadie puede hacer por nosotros. Una tarea que hay que cumplir "ahora mismo" porque el tiempo pasa demasiado deprisa.

(Pero nuestra vida no se pierde)

Por eso san Pablo, como hemos escuchado en la primera lectura, al fijarse en Jesús se da cuenta que toda su vida ha sido una obra de amor. Sabe que la muerte de Jesús no ha sido un fracaso sino que se ha convertido en la conquista de la Vida Plena. Y esto es así, porque Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos y Jesús, sentado a la derecha de Dios, intercede por nosotros.

La muerte de Jesús ha sido una victoria y san Pablo lo expresa al afirmar que nada podrá apartarnos de su amor: "Ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Jesús".

A la luz de la resurrección podemos entender bien las palabras de Jesús que hemos escuchado en el evangelio: "En casa de mi Padre hay muchas estancias. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros".

Esto significa que por parte de Dios nuestra vida no se perderá nunca: es algo asegurado. Porque Dios es Padre y ama siempre. Dios es

el Amor donde todos encontramos un lugar. Dios es la Vida desde siempre y para siempre y no quiere que se pierda nuestro amor, por pequeño que sea.

Jesús nos ha dicho también a los que estamos tristes, a los que sufrimos la muerte de N.: "Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mi." "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida".

Jesús nos ha allanado el camino y va delante nuestro. Jesús ha abierto una ruta segura que avanza en el amor de Padre y que lleva a la plenitud de la vida.

(Estamos unidos a Jesús)

Desde el Bautismo, nuestro destino está íntimamente ligado al de Jesús. Desde el Bautismo, N., unido a Jesús, se convirtió en hijo de Dios, a pesar de que mientras estuvo en esta vida su filiación era todavía inmadura porque estaba sometida al pecado. San Pablo diría: "Como si estuviera todavía en el vientre de la madre".

Pero cuando Dios lo resucite de entre los muertos será plenamente hijo. Será hijo a semejanza de Jesucristo que, resucitado, se sienta a la derecha de Dios.

Esta vida nueva que Dios dará a N. en la resurrección y que nosotros ya disfrutamos en parte gracias a la fe no es un fruto de nuestro esfuerzo. Es un don de Dios.

La esperanza en esa vida nueva nos lleva hoy a todos nosotros a rezar. No para asegurarle la salvación a N., sino para expresar al Señor una confianza muy grande: estamos convencidos que dará a N. una Vida Plena porque sabemos que ya lo ha hecho con Jesús, con quien N. vivía unido.

J. GRANE

28. - TEXTOS: 2 Macabeos 12,43-46; Salmo 102, Juan 17,24-26

Homilía para público medio: catequesis sobre el sentido de la oración cristiana para los difuntos. Con Eucaristía o sin ella.

(La oración por íos difuntos)

Las lecturas que hemos escuchado hasta ahora tienen un eco muy claro en nosotros. Es como si Dios mismo nos dijese, a los que estamos reunidos en torno a los restos mortales de nuestro hermano: **esto que hacéis, está bien hecho**: "es una idea piadosa y santa rezar por los difuntos"; más aún: esto que estáis haciendo está plenamente de acuerdo con **lo que Jesús mismo hizo**, el día antes de morir: pedir que los que iban a ser suyos, por la fe y el bautismo, estuviesen con Él allí donde Él está: en el cielo, con su Padre y nuestro Padre.

Cuando tomamos parte en un entierro, en efecto, nuestra misma presencia es un testimonio de comunión y de afecto. En primer lugar, y sobre todo, para los familiares del difunto, es un testimonio de acompañamiento, hasta el final, de una persona que ha sido cercana a nosotros, con la que hemos convivido, de la que hemos recibido y a la que hemos dado durante todo el tiempo que Dios ha querido que estuviésemos juntos. Este acompañamiento lo hacemos los cristianos también más allá de momento en que los hombres cerramos los ojos a la convivencia humana. Creemos que más allá de nuestra convivencia terrena **se despliega para los hombres lo que ya desde ahora es verdad, y que conocemos por la fe**: la convivencia con Dios y con los Santos, la convivencia con Jesucristo resucitado, con la Virgen María elevada al cielo...

La manera de acompañar a nuestros difuntos más allá de la vida presente es la oración, porque la oración es la que nos pone en comunión

con Dios, para el cual todo vive, porque no es Dios de muertos sino de vivos.

La oración que hacemos por los hermanos difuntos es una **oración confiada**, porque sabemos que Dios los ama más que nosotros mismos, y por eso confiamos en su misericordia.

Es también una **oración humilde**, porque nadie puede decir que ha merecido vivir para siempre con Dios, y nadie puede decir que toda su vida haya sido una vida perfecta delante de Dios. Por eso decimos, para los difuntos, aquella expresión tan cristiana: Dios lo haya perdonado. Porque ¿qué cosa mejor podemos pedir para una persona que pasa de este mundo de tentación y lucha a la vida eterna, que el perdón de Dios en plenitud? Dios le ha concedido el perdón en el bautismo, y en el sacramento de la penitencia, durante su vida. Dios lo recibirá, por su misericordia, en su paz celestial.

Esto es lo que hizo aquel soldado de Israel, Judas Macabeo, por sus compañeros de lucha, cuando se dio cuenta de que habían pecado: los encomendó a la misericordia de Dios, con los sacrificios de; Templo de Jerusalén, para que los perdonase y así pudiesen participar un día de la resurrección gloriosa. Lo hemos escuchado en la primera lectura.

(La oración de Jesús, la unión con Jesús)

Esto es también lo que hizo Jesús, en la oración de su cena de despedida, antes de comenzar su pasión. Pidió que todos los que iban a creer en Él por la predicación de los apóstoles, a través de los tiempos - es decir, nosotros, los cristianos- pudiésemos estar con Él, más allá de la frontera de la muerte que Él mismo iba a traspasar. ¿No os parece magnífico, consolador, recordar estas palabras de Jesús, que no son palabras que pasan, sino palabras de; Hijo de Dios, que permanecen para siempre? Cuando nosotros ahora rezamos por nuestro hermano difunto, estamos actualizando aquella oración de Jesús: queremos que

esté para siempre en la gloria de Jesucristo, **ya que desde el comienzo de su vida fue de Jesús, por la fe y el bautismo.**

¡Cuánto sentido tiene este **cirio pascual** encendido junto al cadáver de nuestro hermano! Representa a Jesús Resucitado, la llama viva que nunca se apaga. Cuando se han cerrado los ojos de nuestro hermano a la luz de este mundo, pedimos para él que sea iluminado para siempre por la luz de la gloria del Señor. Y qué sentido tiene que rociemos con agua este cuerpo en **la aspersion**, recuerdo de aquella agua bautismal con la que, en la fe de la Iglesia, fue incorporado un día a Jesucristo. Nosotros pedimos que esta incorporación continúe para siempre, en la vida eterna.

Oremos, pues, hermanos: familiares, amigos, fieles presentes. Es un gesto noble, es un gesto cristiano, es un acto de fe, es un acto de amistad y de amor para el difunto a quien despedimos. **Encomendémoslo con confianza a las manos del Padre del cielo**, que lo ha amado desde siempre y sigue amándolo, y nos ha dado el gozo de tenerlo entre nosotros durante los años de su vida.

(Si hay misa):

Y sobre todo, dispongámonos **a celebrar el misterio de; paso de Jesucristo por la muerte a la gloria de Dios.** La presencia de Jesús Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, nos da también la presencia misteriosa de todos los que están con Él, como pedimos que esté también nuestro hermano: "Que así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con él la gloria de la resurrección".

P. TENA

(La incertidumbre ante la muerte)

La muerte se nos manifiesta como el reino de las tinieblas. N. ha dejado nuestro mundo y nosotros no sabemos con certeza donde se encuentra ahora. Este desconocimiento nos entristece a todos, porque estamos demasiado acostumbrados a saberlo y a demostrarlo todo.

Por eso san Pablo nos dice: "No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza".

Porque es cierto que nadie ha regresado de la muerte. Pero también es cierto que hay una excepción: Jesucristo. Dios lo ha resucitado de entre los muertos. Su resurrección fundamenta nuestra esperanza e ilumina nuestra fe, antes de morir: "Padre: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy" .Y nosotros nos fiamos de la palabra de Jesús porque el evangelio nos da razones suficientes para hacerlo.

(Jesucristo nos llama)

Ahora Jesús vive totalmente con Dios. Jesús ha alcanzado la resurrección y allí nos está preparando el sitio para que, por el bautismo de la muerte, vivamos unidos a Él los que ya vivíamos unidos a Él por el Bautismo de; agua. Y Jesús se lo pidió a Dios, poco

(La confianza de Pablo)

San Pablo confiaba plenamente en la Palabra de Jesús. Estaba seguro de que Dios se había llevado a Jesús a su Gloria, al resucitarlo de entre los muertos. Pero también tenía la convicción de que Dios se llevaría también a todos los que han muerto en comunión con Cristo.

Pablo tenía una fe que hoy también es nuestra fe. Una fe sobria y discreta, muy alejada de la fantasía o de la imaginación infantil. Esa fe

de Pablo se concreta en esta afirmación: "Los que vivimos en comunión con Jesucristo, estaremos siempre con Él, incluso más allá de la muerte".

(Consolaos con estas palabras de te)

Hoy, que nos hemos reunido con motivo de la despedida de N., no puedo decir otra cosa que lo que nos decía san Pablo: "Consolaos mutuamente con estas palabras". Tenemos que procurar que el miedo y la angustia que provoca la muerte no ahogue nuestra esperanza.

Pidamos a Dios que escuche nuestra oración por N. Pero también le pedimos que sepamos acompañar siempre nuestras plegarias con todo el amor y el trabajo que somos capaces de ofrecer, puesto al servicio de las personas que tenemos a nuestro lado para que cada día tengan más vida.

J. GRANÉ

Homilía genérica

(Miremos a Jesús, muerto y resucitado)

El evangelio que acabarnos de escuchar nos lleva a revivir el primer Viernes Santo de la historia, aquél día en que Jesús entregó su espíritu, después de haber cumplido la misión que le había sido encomendada. Había llegado su Hora. Después de pasar por el mundo haciendo el bien y de haber anunciado la Buena Nueva con palabras y signos, Jesús es detenido y conducido a la muerte, a un tipo de muerte reservado a los ladrones y criminales: la muerte de cruz.

¿Cuál había sido su delito? ¿Qué había hecho aquel hombre para merecer este final? Sencillamente había sido un hombre libre en su hablar y actuar; se había mostrado celoso de las cosas de Dios y había defendido la dignidad de todos los hombres y mujeres, fuese cual fuese su condición; había dicho que Dios era su Padre y que la paternidad divina se extiende sobre toda la humanidad y que, por eso, todos los hombres somos iguales y hermanos.

A este Jesús de Nazaret, Dios lo acreditó resucitándolo después de la muerte: los que lo vieron dieron testimonio de ello, y su testimonio ha llegado hasta nosotros. Y nosotros, los cristianos, sus discípulos así lo creemos y lo proclamamos. Ésta es nuestra fe.

(Nuestro hermano, unido a Jesús)

Y es precisamente la fe en Cristo muerto y resucitado la que da sentido a este acto que estamos celebrando en recuerdo de nuestro hermano N. Él, por el bautismo, fue incorporado a Cristo y hecho miembro de la gran familia de los hijos de Dios, y desde el día de su

bautizo comenzó a vivir la vida eterna, aquella vida que la muerte no puede destruir: por eso nuestro hermano N, podía decir, como decía el apóstol Pablo, y como también podemos decir nosotros: *"Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador. el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso"*.

Por eso, con confianza, rezamos a Dios por nuestro hermano N. Que habiendo acabado su estancia en este mundo, Dios lo reconozca como hijo suyo; que le perdone el pecado que le pudo manchar; que acepte el bien que hizo mientras vivió entre nosotros; que valore las circunstancias diversas que tuvo que vivir; que recuerde todo lo que amó y que lo haga participar en la herencia que desde toda la eternidad le tenía reservada.

(Acompañados de María)

Junto a la cruz, hemos escuchado en la lectura del evangelio, estaba su madre, y, a su lado, el discípulo que tanto quería. María, la madre de Jesús, aparece poco en los evangelios: sólo la encontramos en momentos muy significativos: en el momento de la muerte, ella no podía faltar. La encontramos cerca de la cruz, serena, firme, compartiendo el sufrimiento y el dolor del hijo. Y a su lado, el discípulo que Jesús quería. En este momento, María se convierte en Madre de los discípulos de su Hijo, de los seguidores de Cristo de todos los tiempos: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" "Ahí tienes a tu madre".

Es como madre que queremos amar a María, y la queremos imitar sobre todo en la fortaleza ante el sufrimiento, en la actitud de escucha atenta y acogedora de la Palabra de Dios, en la solicitud ante las necesidades, en la sencillez y en la disponibilidad hacia el plan de Dios. Si la imitamos, nos parecemos más a su Hijo; si la escuchamos, oiremos

que nos dice: "*Haced lo que él os dice*", si se lo pedimos, experimentaremos su protección y el efecto de su oración.

Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, decimos en el Ave María. Hoy pedimos a María que rece por su hijo N., para que esté con Jesús eternamente y contemple la gloria de Dios, disfrutando de la compañía de los santos. Y le pedimos que rece también por nosotros, pecadores, para que sigamos el camino que lleva a la Vida y nos podamos encontrar un día con ella y con todos aquellos hermanos y hermanas que nos han precedido en el camino de la fe y ahora duermen ya el sueño de la paz.

(Aprender a amar como María)

Esta fe nos urge a vivir amando; y el amor nos empuja a acercarnos a todos los que sufren física o moralmente. Como María, y con ella, nos tenemos que acercar a la cruz donde permanecen clavados tantos hermanos y hermanas nuestros, y facilitar que experimenten la fuerza del amor de Dios, a través de nuestra compañía, de nuestro afecto y de nuestro servicio sencillo y abnegado. Y lo podemos hacer recordando estas palabras de Jesús: *Todo lo que le hicisteis a cada uno de mis hermanos, por pequeño que fuera, a mí me lo hicisteis, y todo lo que le denegasteis a algunos de ellos, a mí me lo denegasteis*. Que ahora nuestro hermano N., y llegado el momento nosotros, podamos escuchar de boca de Jesús estas palabras: *Venid, benditos de mí Padre*.

Que así sea.

J. BERDOY

B:- EN LA MUERTE DE UN JOVEN

31.- TEXTOS: Apocalipsis 21,1-5; Lucas 24,13-35

Homilía en la muerte de un joven, pensando en el impacto causado en la familia y los amigos.

Hermanos, el motivo que nos congrega es muy triste. Todos compartimos el mismo dolor: familia, amigos, vecinos ... Compartimos el dolor porque si la muerte siempre es una experiencia dura y dolorosa, lo es más cuando siega una vida en plena juventud.

1. **La reacción más espontánea** en estos momentos es tal vez la de la **protesta**. Hace tiempo, en la muerte de un joven político de 29 años, decía un escritor: "La muerte se nos ha llevado a un compañero y un amigo entrañable. Sólo nos queda el dolor inmenso y la rabia impotente ante una terrible injusticia sin culpable".

Estas palabras expresan el sentimiento de impotencia de; hombre ante la muerte. Pero los cristianos, los que tenemos fe en Jesucristo, podemos hacer algo más. Nuestra fe nos dice que podemos hacer algo más. A nosotros no nos queda la rabia y la impotencia, a nosotros nos queda **la esperanza**, esperanza que no es ilusión vana, esperanza que los creyentes tenemos puesta en Jesucristo.

2. **La fe nos ha reunido aquí:** una fe pequeña o grande, una fe resignada o en dura protesta. Nuestra fe nos invita a hacer algo más: orar, y tener esperanza.

Orar por N., orar para que Dios le dé la vida eterna que Jesús nos ha prometido. Orar para que Dios nos dé esperanza en nuestro dolor.

N. era creyente, y tal vez como muchos de nosotros no lo veía todo claro; y seguro que se preguntaba el porqué de muchas cosas, como nosotros. Ahora confiamos que habrá encontrado en Dios la luz verdadera, ahora debe comprender el porqué de tantos misterios.

Nosotros también creemos aunque todo nos resulte muy oscuro, aunque no comprendamos de ningún modo el porqué de su muerte en la flor de la juventud.

3. Los discípulos de Jesús tampoco podían entender cómo Él, que hacía el bien, que era un hombre bueno, que predicaba el amor y la justicia, que hablaba de un mundo nuevo, tuviese que morir en la cruz como un asesino.

Es lo que hemos escuchado en el evangelio, en la historia de los dos discípulos de Emaús. Jesús se acerca a ellos y les quiere ayudar a entender que su muerte dará mucho fruto: que su muerte abre las puertas a una vida más plena.

Nosotros no entendemos, pero confiamos que Dios puede sacar vida de la muerte. No entendemos, pero hay alguien, Jesús, que nos puede ayudar a entenderlo. No encontramos explicación, pero hay alguien que nos promete un mundo nuevo, que nos habla de Vida, como hemos escuchado en la primera lectura. Dios promete un mundo nuevo, en el que Él vivirá con nosotros y secará todas las lágrimas y no existirá ya la muerte. Dios nos ofrece lo que en el fondo todos anhelamos y deseamos.

A nosotros, que tenemos **sed de vida**, Dios nos promete: "Los sedientos beberán de balde de la fuente de agua viva".

N. tenía sed de vivir, de felicidad. A partir de nuestra fe nosotros creemos que Dios le habrá dado el agua de la vida, una vida que nadie nunca le podrá ya arrebatarse. Esta tiene que ser nuestra esperanza.

4. Pidamos a Jesús que, como a los discípulos de Emaús, nos enseñe a saber ver que Dios, de la muerte, puede sacar vida.

Nosotros lo creemos pero no lo sabemos explicar. Confiamos que un día, como los discípulos cuando se sentaron a la mesa y reconocieron a

Jesús, y su tristeza se convirtió en alegría, se nos hará la luz y entenderemos que Dios es la Vida y es más fuerte que la muerte.

Que nuestra oración sea: Señor, quédate con nosotros, que estamos oprimidos y todo nos parece noche. Acompañamos en el camino de la vida. Sé nuestro compañero de camino; cuando todo parece que ha terminado, danos esperanza, háblanos de tu vida y de tu luz.

Dale tu vida y tu luz a N. Que en tu Reino su vida sea una eterna primavera.

J. CUADRENCH

32.- TEXTOS.- Lamentaciones. 3,17-26 ; Juan 14.1-6.

Homilía para un joven muerto por enfermedad súbita y penosa, o por un accidente.

(Tenemos derecho a lamentarnos, pero debemos buscar la esperanza)

Me encuentro ahora con vosotros para captar vuestros sentimientos y expresarles. Vosotros (los padres, hermanos... de N.), me lo habéis encargado. Reconozco que, por mucho que me lo propusiera, no podría vivir plenamente, como vosotros lo vivís, el gran dolor de esta prueba.

Desde luego nada ni nadie nos prohíbe "lamentarnos" por esto que nos está pasando. El mismo texto bíblico que acabamos de leer en la primera lectura ha sido todo él un rosario de sentimientos de sorpresa y de impotencia producidos por el contratiempo, por la prueba, o, como es nuestro caso, por la sorpresa de la muerte que "nos amarga y envenena". Sí, hoy, como en otras circunstancias de nuestra vida, tenemos la impresión de que todo se nos hunde, que todo se esfuma; y entonces nuestra vida llega a perder hasta la perspectiva de felicidad y bienestar.

¿No sería conveniente, sin embargo, que intentásemos revivir otros pensamientos? Porque seguro que la esperanza no está lejos de nosotros. Seguro que la luz está cerca, a punto para iluminarnos, en la oscuridad. ¿No tendremos a mano alguna posibilidad de volver a encontrar la esperanza perdida?

(Recordemos el camino de nuestro hermano)

Haciendo, pues, un esfuerzo, aunque sea heroico, saldremos de nosotros mismos, de nuestro ensimismamiento, y volveremos la mirada en otra dirección, para revivir otros pensamientos que nos mantengan en la esperanza.

Estos pensamientos podrían ir dirigidos en dos direcciones: primero, hacia nuestro hermano: recordemos cómo a lo largo de su vida

nos ha permitido experimentar las cosas mejores de toda existencia humana: su presencia abierta a los demás, su actividad.

(Recordemos el camino de Jesucristo)

El otro pensamiento lo tenemos que dirigir hacia Dios. Él no ha querido ahorrar a nadie este trago amargo del dolor y de la muerte. Ni siquiera a su Hijo Jesucristo. Y esto entra, extrañamente, en el ámbito de; amor que Dios nos tiene: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que no se pierda ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3,16).

¡Cómo nos llenan de ánimo estas palabras! Porque nos recuerdan que la presencia de Jesucristo ha sido un latido de amor del corazón de Dios. Y nos animan más hoy, cuando pasarnos por esta prueba tan dolorosa, cuando nos damos cuenta de que la presencia de Jesucristo, que sus amigos creían tan necesaria y preciosa, fue cortada también por la muerte. Él sabía bien que esto le tenía que pasar, y se esforzaba por comunicar esta convicción firme: que la vida es más fuerte que la muerte. Nos lo dijo de muchas maneras: que si el grano de trigo no muere no conseguiremos la espiga, que el que cree en él tendrá vida eterna, que se va a prepararnos una morada a nosotros, para que también nosotros vivamos donde él está.

Así, pues, además de las palabras de condolencia que nos podemos decir mutuamente, contentos con esta palabra de Dios que ha venido, precisamente en estos momentos que tanto lo necesitábamos, a darnos fuerzas y ánimos: "Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor".

R. CARALT

33. - *TEXTOS.- Romanos 8,14-23; Juan 19,17-18.25-30-*

Homilía en la muerte de un joven

(El dolor de una muerte joven)

Hoy sentimos el peso de la muerte de una forma muy significativa. Ha muerto una persona joven. Su vida, que justamente ahora comenzaba a abrirse, llena de proyectos, con toda la irradiación de ilusión a su alrededor que nos hacía sentir a todos el gusto por vivir, ha quedado truncada. Y hoy, más que nunca, nos parece que la vida es un sueño y que, de golpe, nos despertamos a una realidad capaz de estropearlo todo. En la muerte de un joven -y este joven forma parte de nuestro vínculo con la vida- quedamos aturcidos, sin aliento. No hay donde apoyarse, especialmente vosotros, los padres, los hermanos, los amigos más cercanos.

Ahora estamos invitados a escuchar la Palabra de Dios que nos habla siempre a partir de nuestras realidades. También hoy lo hace, lo acabamos de oír: un hombre que muere injustificado, su familia que llora impotente, el universo sumido en el mal, los dolores de una madre en el parto... Nuestra vida siempre es el vehículo que Dios nos ofrece para encontrar la luz. También hoy que sufrimos la muerte de una persona querida, aún joven.

El evangelio también nos habla de una persona joven, Jesús de Nazaret, poco más de treinta años. Un hombre que había suscitado grandes esperanzas, personas que con él habían sentido que vivían, proyectos que querían transformar la realidad, unos amigos que habían aprendido a caminar a su lado.., Un hombre joven que sólo había tenido un año para comenzar a hacer camino y de golpe todo acaba. Era como una estafa o como el amortajamiento de la verdad, o como la decepción más grande.

(Todo se ha cumplido)

Y sorprendentemente lo que dice es "Todo se ha cumplido". Joven, un año, y todo se ha cumplido. Jesús invita a ver la realidad desde otra perspectiva, a verla con Dios. Con él las cosas se miden de otra manera. Todo lo que vivimos tiene valor no por los frutos que somos capaces de apreciar, por los muchos años que hemos tenido para hacer el bien. También a los ochenta o a los noventa o más años nos queda mucho por hacer, podemos decir que nos queda todo por hacer. Lo que tiene valor es todo lo que va más allá de nosotros, que se inscribe en la larga y a menudo dolorosa marcha de la humanidad que se afana por obtener la libertad. Las cosas encuentran su sentido cuando las descubrimos entrelazadas, como hoy tenemos oportunidad de sentir las aquí. Con Dios nuestro amor, nuestra entrega, nuestro perdón tiene un valor de eternidad, es ya obra acabada.

Es esta sugerente y aparentemente insignificante historia en el marco de la cruz: "Mujer, aquí tienes a tu hijo. Aquí tienes a tu madre. Y desde entonces el discípulo la acogió en su casa". Una pequeña historia que genera un hecho de eternidad, porque el amor no es una historia que nosotros controlemos y demos o nos quedemos según nos venga en gana o nos convenga: el amor nos sitúa siempre más allá de nosotros mismos, nos supera, y nos da la grandeza de una vida que está con los demás y con Dios.

(conozcamos y esperemos)

Y todo esto no desmiente, ni nos desvía de un hecho incontrovertible: que toda esta historia es la historia de todo el universo

creado que gime y sufre dolores de parto y con él gemimos nosotros como hoy lo hacemos los que sentimos la muerte de N. No podía ser de otra manera: la muerte de una persona joven clama al cielo, como la muerte de Jesús clamaba al cielo.

Y de nuevo la Palabra de Dios nos remite a nuestra realidad: podemos ver la impaciencia y la ilusión de la madre que sufre dolores de parto, esperando el hijo que anhela. También nosotros gemimos en nuestro interior, anhelando ser plenamente hijos, esperando que nuestro cuerpo sea redimido.

Hoy somos esta familia que llora por alguien muy querido, pero que espera. Nuestro camino es un camino abierto, es el camino de; hombre joven, Jesús, que abre el proceso de la humanidad hacia la plena libertad, hacia la vida. Nuestro amigo, con toda su savia joven, es signo de toda la vitalidad del universo que se encamina a la vida.

J. SOLER

C.- Funerales de niños.

34.- TEXTOS: Salmo 24,4-5.6.7.17 y 20 (se encuentra en los formularios de exequias de niños_no bautizados).

Homilía para las exequias de un niño no bautizado. Medio rural.

(La muerte de un niño)

Una vez más la muerte nos ha citado aquí. Siempre es desagradable la cita de la muerte. Desagradable y dolorosa. Pero hoy podemos decir que todavía lo es más que de costumbre. Llevamos a enterrar los restos de un niño.

¡Qué contrasentido descubrimos en esta expresión: los restos de un niño! Los recién nacidos no tienen restos. Todo en ellos es esperanza de vida y de futuro, realidad y promesa al mismo tiempo. Pero **la muerte, ya lo podéis ver, es capaz de triturar la semilla más prometedora.**

Esta vez se nos ha llevado a un recién nacido. Una semilla que se ha malogrado, apenas empezaba a vivir sobre la tierra. La alegría y la ilusión que su nacimiento había traído a sus padres y a todo el pueblo, se ha transformado trágicamente en desilusión y duelo por el misterio terrible de la muerte. Y todos nos encontramos perdidos ante esta muralla tan impenetrable que es el misterio de la muerte. Y una vez más nos salen de lo más íntimo del corazón las preguntas angustiosas de siempre: ¿por qué tiene que pasar esto? ¿dónde van nuestros difuntos? ¿los hemos perdido para siempre? ¿dónde están los que han muerto?

(La luz de la muerte de Jesús)

Guiados por la fe miramos a Jesús muerto en la cruz. Es la muerte del inocente, que se ofrece por nosotros. Su muerte y su resurrección proyectan una luz nueva, fuerte, sobre nuestra muerte. La muerte de

todos. También sobre la muerte de este niño. Nosotros no somos capaces por nosotros mismos de . a. ahora nada más que muerte en el pequeño cuerpo sin aliento de este niño. Pero **la fe nos dice que aquí está la vida.** La vida de Dios. Dejé Dios que salva. Que nos ha salvado por Jesucristo. La vida de Dios, la vida plena y para siempre, siempre triunfa sobre la muerte. Por eso decimos con fe y con valentía creyente que **nuestros muertos están en las manos de Dios.**

Las manos de Dios son las manos del Padre. Manos que acogen y perdonan. Manos todopoderosas que crean y dan vida, la vida para siempre. No temamos, nuestros muertos están en buenas manos. Y **el camino que nos pone en las manos salvadores del Padre es Jesucristo,** el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros. En nuestro bautismo hemos empezado este camino. Lo hemos empezado y seguido después con Jesús, por él y en él, hasta llegara; término de nuestro viaje. La muerte es para nosotros la última etapa de esta peregrinación hacia Dios.

Un niño no bautizado: en las manos amorosas de Dios

Hoy, sin embargo, nos encontramos también ante una pregunta más angustiada. ¿ Que sucede con los niños que mueren sin haber podido recibir el bautismo ?. Cómo podrán seguir el camino que conduce al padre si lo desconocen, si ni tan siquiera ha recibido la gracia bautismal que nos une el misterio salvífico de la vida de Jesús? ¿La muerte es para ellos doblemente negra? El salmo que hemos escuchado pone en labios de este niño precisamente la oración que él dice ahora: **Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas.**

Él, N., desde la conmovedora soledad de la muerte reza con humildad y confianza al Dios que no ha conocido y que ahora sale a su encuentro. Enséñame cómo se hace para ir a tu lado. **Haz que camine**

con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador. Es la vocecita de este niño, él que no ha tenido tiempo de aprender nuestras palabras, la que clama desde el terreno perdido y perdedor de la muerte. **A ti, Señor, levanto mi alma... Ensancha mi corazón oprimido y sácame de mis tribulaciones.** Aquí todo es gracia. Todo es gratuidad, en la que se manifiesta de lleno la gran riqueza y la gran bondad. Su palabra es la razón más firme de nuestra esperanza ahora y siempre.

Unamos, hermanos, nuestra plegaria a la de este niño que va hacia el Padre. Jesús está con nosotros y el sacrificio de su muerte y su resurrección que celebramos, da fuerza y valor a nuestras plegarias. No dudemos de ello, Jesús está también con N. Él es también su salvador y **por caminos que nosotros no conocemos, pero que él abre ante este niño, lo conduce hacia la felicidad de la comunión total** y eterna con el Padre de todos. Él guarda su vida y la libera de la oscuridad y del miedo de verse perdido para siempre. Tengamos fe, hermanos.

Agarrémonos fuerte a la esperanza de la palabra de Dios que nos revela su amor salvador y todopoderoso. Nos hemos amparado en él. No dudemos de ello: ¡no tendremos ningún desengaño! Porque él es piadoso y nos protege desde siempre, gratuitamente, con su amor.

J. M. ARAGONÉS

3 5. - TEXTOS: Apocalipsis 14,1-3.4b-5

Homilía para recién nacido ya bautizado. El texto no está en el ritual, sino que corresponde al lunes de la semana 34 de tiempo ordinario, año par. Las ideas, sin embargo, son adaptables a otras lecturas.

(Amados por Dios)

Seguramente que vosotros, padres, os habréis preguntado muchas veces en estos momentos: **¿Por qué** esta muerte tan prematura? ¿por qué esta vida sin realizarse, sin llegar a su plenitud? Yo también me lo pregunto: ¿porqué? Humanamente no se concibe que una vida tan hermosa como es la de un niño dure apenas unos días o unos pocos años... No me sabe nada mal confesaros que a nivel humano yo tampoco encuentro el porqué. Humanamente hablando no se concibe que este brote de vida haya sido cortado antes de abrirse. Comprendo muy bien vuestra angustia y todos los "por qué" que os vendrán al pensamiento: y sería ciertamente mucho más angustioso que no encontráramos ninguna respuesta.

Si no la tenemos hablando humanamente, sí que la tenemos mirando esta muerte bajo el prisma de la fe. Bajo este prisma sí que os puedo decir algo muy seguro: Dios os ama. Y quisiera ayudaros en **vuestro esfuerzo por creer que Dios os ama**, y quisiera ayudaros a sentirnos amados por Dios.

(Como una ofrenda)

Se ama cuando se empieza a sufrir. Aceptando el sacrificio de la pérdida de la vida de vuestro hijo, sufriendola en vuestra propia carne, haciendo de ella una ofrenda, podréis decir que empezáis a amar al Señor.

Todos somos conscientes de que la vida no nos la hemos dado nosotros mismos: **la vida en último término la hemos recibido de Dios.** Dios es el señor de nuestra vida: de la misma manera que nos la ha dado, nos la puede quitar en cualquier momento. La vida de todos los hombres es como si fuese un jardín. El dueño de jardín coge las rosas cuando son bellas a sus ojos. Si Dios ha querido el brote de vuestro hijo, no se lo podéis reprochar: es el dueño. Insisto en lo que hace poco os decía: haced de él una ofrenda. **Ya sé que cuesta mucho, pero hacedlo.**

(Encontrarse con Dios)

Cuando celebramos la Eucaristía ofrecemos al Padre la vida, la muerte y la resurrección de su Hijo. **Ofreced también al Padre, junto con Jesús, la vida de vuestro hijo.** El objetivo de nuestra fe es incorporarnos a Cristo, ser semejantes a Él. Estos momentos que vivís son muy propicios para que, por poco que penetréis en la fe, **os podáis encontrar con Dios y vivir su presencia en esta vida.** Y en este encuentro con Dios, si está lleno de confianza, encontraréis el consuelo y la fortaleza necesaria para decir: Señor, hágase tu voluntad.

(La comunión de los santos)

Todavía os quisiera decir otra cosa. Más de una vez habéis rezado el Credo. ¿Os habéis fijado en aquellas palabras que decimos, "creo en la comunión de los Santos?" Queremos decir: creemos que los que están en el cielo interceden por nosotros. Vosotros tenéis la seguridad de que

vuestro hijo lo tenéis en el cielo. Es muy consolador pensar que **tenéis un hijo vuestro en el cielo que reza por vosotros.**

Encomendadle. vuestras preocupaciones, todo lo que constituye vuestra vida. Estad seguros de que él intercederá delante del Padre por todo lo que vosotros deseáis obtener del Señor, porque es uno de aquellos que, como decía la lectura, siguen al Cordero a dondequiera que vaya. Ellos fueron adquiridos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, y en sus labios no se encontró mentira: son irreprochables.

F. POU

Homilía en las exequias de un niño bautizado.

La homilía presupone que como oración colecta se ha dicho ésta:

**Te rogamos, Señor, humildemente
por N., este niño a quien tanto amas:
recíbelo en el paraíso,
donde ya no hay luto, ni dolor, ni llanto,
sino paz y gozo, con tu Hijo y el Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.**

(Acompañar en el dolor y ayudar en la fe)

Queridos padres, familia y amigos que os encontráis aquí en esta situación dolorosa de la muerte de este niño, el pequeño N.

Mis palabras pretenden ser sencillas, un dulce acompañamiento a vuestro dolor. También deseo comunicaros espíritu de fe y esperanza. Sé que es difícil poderlo conseguir. ¡Cuántos interrogantes os rodean! ¿Por qué ya no podremos abrazar esta vida tan prematura? ¿Por qué ha tenido que ser así? Sí, sí, no entendernos todo lo que ha pasado...

Ya habéis visto, la celebración de la Iglesia con las lecturas hasta ahora proclamadas y la oración introductoria, creo, que nos ha dado un mensaje que nos puede confortar a todos.

(Éste niño está en el paraíso, en la felicidad de Dios)

¿Os habéis fijado en la oración? Lo quiero repetir nuevamente: "Te rogamos, Señor, humildemente por N., este niño, a quien tanto amas..."

Me gusta esta frase, "a quien tanto amas", porque reafirma nuestra fe en la bondad de Dios. Y continúa: "recíbelo en el paraíso, donde ya

no hay luto, ni dolor, ni llanto, sino paz y gozo, con tu Hijo y el Espíritu Santo..." Hemos afirmado, por lo tanto, que para vuestro niño ya no hay dolor ni penas sino paz y alegría. Hay que ver el contraste: nosotros apenados y él en el paraíso con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y todos los santos.

También me gusta recordar la que hemos escuchado en las lecturas bíblicas. San Pablo nos regalaba esta bonita plegaria: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales... nos eligió para que fuésemos santos... por pura iniciativa suya". De hecho todos nos hemos de situar en este programa o plan divino. Nuestro querido N. ya ha recibido toda la bendición de Dios. Nosotros, es necesario que nos situemos en esta trayectoria. Estamos en camino. La fe y la esperanza en el Señor nos proyectan cielo arriba. Y, ahora, él, N., digamos que nos acompaña.

Mirad, él, pequeño, como de repente, en un abrir y cerrar de ojos, ha crecido hasta la plenitud de Dios. Tiene más conocimiento que nosotros, sabe más de Dios que nosotros, sabe más de la vida que nosotros. Tiene ya la santidad, que significa compartir toda la vida de Dios, la felicidad, el bien, por nosotros todavía inexplicables.

(Jesús nos acompaña, este niño nos acompaña)

Asimismo, el salmo del buen pastor es para nosotros un expresivo acto de fe en Jesucristo. "El Señor es mi pastor, nada me falta". Sí, nada me falta". Y sigue: "en verdes praderas me hace recostar, me Conduce hacia fuentes tranquilas, y habitaré en la casa de; Señor par años sin término". Evoca el bautismo: nuestra unión con Jesús en la Iglesia, que este niño recibió. Ahora nosotros también lo valoramos y, por eso, la aspersion con el agua nos lo hace recordar. Sí, el bautismo, semilla de la

vida eterna. Por el bautismo, todos, Iglesia, pueblo de Dios, hermanados hacemos camino hacia la Iglesia del cielo.

Mis palabras son poca cosa. Pero las palabras de Jesús que hemos escuchado son cautivadoras. Él nos invita a penetrar en su corazón: "Venid a mí todos los que estéis cansados y agobiados, y yo os aliviaré... Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera". Necesitamos un corazón sencillo, más que sabio y entendido. "Querido N., ayúdanos con Jesús en este dolor y danos parte de tu luz gloriosa del cielo azul inimaginable. Acompáñanos suavemente".

L. BONET